

CLAMOTE

> literatura + arte



número **3**
diciembre **2022**



CAMOTE

> literatura + arte



En este número:

Marina Banegas | Birreina del Sur | Jorgelina Escudero |
Naiquén Estelrich | Paulo Finocchi | Rocío García | Julia
Gastellu | Virginia González | Sofía Lamarca | Víctor
Lowenstein | Natalia Luna | Melina Mendoza | Ezequiel
Olasagasti | Beatriz Ontivero | Juan José Oppizzi | Anita
Ottoline | César Ovelar | Alexa Pettone | Diego Eduardo
Rodríguez | Satanizer | Gonzalo Sueiro | Leandro Hilario
Torres

Edición

Emilce Acuña
Andrés Albornoz
Luciana Baca

Arte y diseño gráfico

Laura Raptis

Imagen de tapa y retiración

Rocío García

Agradecimientos

A quienes, con inmensa generosidad, nos permitieron publicar sus obras, ya que sin ellas no sería posible esta revista. A Juan José Oppizzi por responder amablemente todas nuestras preguntas. A la editorial Nido de Vacas por el material que nos proporcionaron. Y agradecemos también a quienes difunden la revista a través de las redes sociales y nos demuestran su apoyo.

Créditos fotográficos

Pág. 70. Cortesía de Andrés Albornoz.

Págs. 71, 72 y 78. Cortesía de Nido de Vacas.

Pág. 90. Dominio público. Extraída de: <https://pxhere.com/>

Págs. 96 y 108. Dominio público. Extraídas de: <https://www.piqsels.com/es>

La tipografía usada en esta revista es DejaVu. <https://dejavu-fonts.github.io/License.html>

¿Te gustaría ser parte del próximo número de Camote?

Más información en <https://camote.com.ar/participa.html>

www.camote.com.ar | info@camote.com.ar | Facebook: [revistacamote](https://www.facebook.com/revistacamote) | Instagram: [revistacamote](https://www.instagram.com/revistacamote)

© Camote, 2022. Los derechos de autor de las obras publicadas en este número pertenecen a los autores, quienes nos autorizaron a publicarlas.

Índice

Editorial, por Melina Mendoza	4
Jacintos para Cassandra, de Jorgelina Escudero	6
Leandro Hilario Torres	12
Duelo, de Marina Banegas	24
De carne y de sangre, antología de poesía feminista.....	26
#NiUnaMenos, de Birreina del Sur	28
Postdata, de Birreina del Sur.....	30
Pequeño monstruo, de Birreina del Sur.....	32
un chocolatito en el rincón de la alacena, de Sofía Lamarca	34
El trabajo dignifica, de Alexa Pettone.....	36
Genealogía de los afectos, de Natalia Luna	39
El paisaje de la lucha, de Anita Ottoline.....	41
Mujeres girasoles, de Virginia González	46
Carne rota, de Beatriz Ontivero.....	48
Madre, de Beatriz Ontivero	50
estar cerca, de Melina Mendoza.....	51
Los diarios, de Ezequiel Olasagasti	54
De oficio, escritor. Entrevista a Juan José Oppizzi	70
El paciente, de Julia Gastellu.....	90
Al final de la escalera, de Victor Lowenstein	96
En tu cabeza, zombi, de Gonzalo Sueiro	101
Cierta madrugada, de Satanizer	105
La hora, de Diego Rodríguez	108
Biografías	113





Editorial

> Melina Mendoza

Los feminismos están llenos de gestos. Un pañuelo verde, por ejemplo, que se ata a una mochila es un gesto, una forma de expresión y posicionamiento. Pero, por supuesto, no tiene valor por sí solo, aislado de la historia que lo arma y todo lo que lo potencia. Una mirada cómplice en el transporte público de alguien que lleva el mismo símbolo también es un gesto. Un grupo de personas tan enorme que forma una mancha verde inmensa, también. Como lo fue salir a la calle cuando eran pocas, locas, ilegales. Como lo es la emoción de quien mira desde lejos.

El silencio puede ser un gesto. Cuando la ausencia desborda el cuerpo, cuando casi no pueden decirse las palabras. Cuando se insiste en hablar de otra cosa. Un silencio en subjuntivo, un silencio que levante la falta en forma de problema. Un silencio que no es una nada porque todo se agotó. Paréntesis: cuánto grito nos ha permitido el hartazgo. Un silencio que no es solemne, no es solitario. Un silencio que no deja de ocupar el espacio.

Trazar genealogías, preguntarnos qué nos une sin perder la heterogeneidad es emprender la búsqueda de las huellas que han dejado otros

gestos. Entender de dónde venimos puede abrir desvíos, cuestionarnos hacia dónde vamos. En esos caminos, pueden surgir nombres de revolucionarixs, poetas y pensadorxs, imágenes-interrogantes de nuestras infancias, nuestras ancestras, madres, abuelas, hermanxs, amigxs y otros parentescos. A través de los gestos, es posible el reconocimiento. De la lucha, del amor, del trabajo, del dolor, de la(s) historia(s). Otro paréntesis: sin las mujeres indígenas, sin sus saberes sobre la germinación y el cultivo, no conoceríamos las bondades del camote.

A través de los gestos, leemos. Sobre el aprendizaje, la repetición y la insistencia, nos apoyamos en el vacío, entretejemos otros signos. No existe una lectura, un sentido, con sus partes por separado. Se construye en el movimiento, en la acción. Y a través de la lectura, somos atravesadx. Los feminismos nos enseñan modos de leer, modos de relación y (re)significación. Las escrituras suscitadas por el feminismo, los poemas que buscan estar cerca de los acontecimientos, recogen el trayecto de esas indagaciones afectivas, el devenir de esas íntimas, colectivas, políticas gestualidades.

CAMOTE

➤ Ilustración: César Ovelar



Jacintos para Kassandra

Jorgelina Escudero

*Sabe que está despierta
aunque no habla,
ni suspira
ni se mueve*
Juan José Saer

Amanecer nevado de 1885, en Arachova. La falda del monte comenzaba a blanquearse de hielo y daba a los techos de los hogares, firmes sobre el precipicio, un aspecto triste de escarcha. Cada habitación albergaba un alma sumida en el silencio de un sueño profundo y tranquilo, conocido solo para aquellos que viven en un pueblo de montaña. El invierno teñía todo con una capa blanquecina y, cuando los pinos ya parecían de algodón, la gente se reclutaba poco a poco hasta la llegada de una temporada más generosa.

Anatole separaba los párpados arrugados para encontrar el predecible brillo de la mañana que se filtraba a través del cristal. Sus ojos bordeados de arrugas rechazaron al instante la luminosidad y debieron someterse a un esfuerzo prolongado para tolerar el estímulo. La cortina, blanca también, permitía el riego de la luz en cada uno de los rincones y objetos de la habitación, como si deseara invitarlo a despertar. Mientras se concentraba en un punto vacío, Anatole podía intuir la presencia del cuerpo amado tendido a su izquierda y sospechaba que ella ya estaría despierta, pero con los ojos cerrados, suspendida en un estado de quietud cuasi sagrada que la mantenía aislada de cualquier contacto corpóreo. Miraba un punto vacío de la ventana y dibujaba con la imaginación el cuerpo de la mujer, tan desesperadamente conocido, recorrido y añorado. Imaginó el cabello ya manchado de canas, la fisonomía delgada y frágil, los ojos verdes fijos, seguramente, en la pared. Luego observó en detalle su ropa doblada sobre una silla, a tan solo un metro, y un estremecimiento frío le recorrió la espalda. Incluso sin

darse vuelta, sin roce alguno, sospechaba las formas frías de Cassandra, inmóviles en su resignación, en su simulacro de sueño. El calor de la chimenea agonizaba y permitía que el frío de enero avanzara sobre ellos.

Anatole se sentó, estiró las piernas y recordó que había llegado el veinte de enero. Por lo tanto, tendría que vestirse e iniciar el recorrido que todos los años hacía en aquella fecha. Intentó evitar el crujido de la cama al ponerse de pie. No deseaba molestar el descanso de la mujer que permanecía sumergida en la ausente presencia de ese silencio doloroso. Ya había sufrido demasiado... ¡Que ahora reposara cuanto deseara!

Intentó abrigarse con rapidez para evitar el frío, pero su postura encorvada le daba torpeza a sus movimientos. Debía rondar los setenta años, pero parecía mayor a causa, entre otras cosas, de su barba larga y descuidada. Advirtió que Cassandra yacía sobre las frazadas, estoica y lánguida. Sin decir palabra, se esmeró en avivar el fuego de la chimenea para reconfortar a la esposa, quien ni siquiera dejó escapar un "gracias" de entre los marchitos labios entreabiertos. La observó con tristeza y remordimiento, caminó unos pasos hacia la cama para acariciarla antes de marcharse, pero enseguida retrocedió al comprender que esa mujer ya no le pertenecía. Lo acompañaba, sí, pero desde la lejanía de la indiferencia. Ya no tenía derecho alguno sobre su cuerpo ni sobre sus pensamientos, que, desde un tiempo atrás, se habían hundido en las aguas de un mar negro e infinito. ¿Qué habría detrás de los ojos fijos de Cassandra en mañanas como esa? Aunque intentaba, le costaba imaginarlo.

Cuando se puso el gorro de lana, Anatole sintió un tibio placer sobre la calvicie. Estiró un brazo con gesto brusco para alcanzar su bastón y un objeto fue a parar contra el suelo, tras un crujido seco. Se trataba del pequeño retrato de su esposa. El hombre lo recogió y se detuvo unos instantes a observarlo. Pasó los dedos reseco sobre la imagen exultante. La muchacha que contemplaba le parecía perdida en una nube de tiempo y, sin embargo, no dejaba de ser la misma que yacía sobre el lecho, ajada por el paso inevitable de la vida. Una oleada de remordimiento volvió a subirle hasta el rostro y le tiñó las mejillas. La miró antes de salir y vio en los ojos de ella un malvado gesto de reproche. Luego, Anatole se arrojó a la calle con velocidad.

Tenía un rumbo definido cada veinte de enero. Sus pasos golpeaban el empedrado de las callejuelas y, junto al sonido del grueso bastón, producían una melodía acompasada. El pueblo recién comenzaba a despertarse y algunos comerciantes, entumecidos por el frío de la mañana, iban montando sus puestos callejeros. Anatole, en su recorrido, quiso comprar flores para Cassandra y se detuvo en un puesto.

—¡Ey, Anatole Petridis! ¿Cómo está, viejo amigo? —dijo el florista, hombre grueso y bonachón.

—Buscando las flores que llevo siempre para mi mujer.

—¿Son estas? —dijo señalando un ramillete de jacintos—. Lo único que no me falla es la memoria —concluyó con picardía.

Anatole tomó el pequeño ramo y pagó con monedas lo más rápido que pudo para alejarse de la conversación. Cuando ya había avanzado unos cuantos metros, seguro de que no podría escucharlo, el florista dijo a su ayudante:

—Conozco a esta clase de bichos... No me engañan. Aquí lo ves, comprando flores para su esposa... ¡Pero cuánto hizo sufrir a la pobrecita!

El viejo ya caminaba lejos, sumido en sus pensamientos llenos de neblina, y se internó por una callejuela empinada. La escarcha acumulada en el empedrado hacía resbaladiza y peligrosa la marcha. Los cristales de las ventanas se empañaban por el calor que reinaba en el interior de los hogares. Cuando traspasó el pesado portón de hierro, se sintió más vulnerable ante la intemperie arrullada por la libertad del viento. Había llegado el veinte de enero y, una vez más, Anatole sentía sus entrañas desgarradas por el remordimiento. Sin embargo, por algún milagro del espíritu, la contemplación de la cruz le generó una extraña paz. El viejo tenía los ojos llenos de lágrimas cuando cayó arrodillado, entre el lila de los jacintos, sobre la tumba de Cassandra.



Leandro Hilario Torres

Silencio
Se oye el pulso del mundo como nunca
Pálido
La tierra acaba de alumbrar un árbol

Vicente Huidobro


De cómo pintar árboles

La vida de las plantas desarrolla un ecosistema de inmanencia de escala atmosférica y de alcance cósmico. La semilla, su despliegue troncal aéreo y subterráneo de ramas y raíces; las hojas, las flores y los frutos sellan el ciclo vital insuflados por el vapor, esa mezcla de agua y sol. El apeo del árbol interrumpe el ciclo de modo abrupto. El aserradero encuentra al tronco con la máquina y con el trabajo humano que iniciará un nuevo ciclo.



➤ Estructural. Turno 2

**LA IMAGEN
APARECE
ENTRE LOS
ESCOMBROS
DEL BOSQUE**



La potencia narrativa de la materia encuentra en el caos el soplo vital, sus variaciones en la construcción de la imagen son el origen de mi investigación sobre la pintura.

Trabajo con madera sin ser carpintero ni leñador. De los árboles me llegan sus vestigios transformados en rebanadas de placas industrializadas, aglomerado de virutas orientadas (OSB, *Oriented Strand Board*).

Al toparme con la placa de madera que tabicaba una escalera de estación de subte, su devenir generativo se reveló al instante; la materia resultaba activa y me convocaba a un encuentro y mutua realización de las agencias humanas y no humanas... ser-en-la-materia. Esa tarde, ahí mismo, vi una selva... ya en el taller, tucanes.



TUCANES



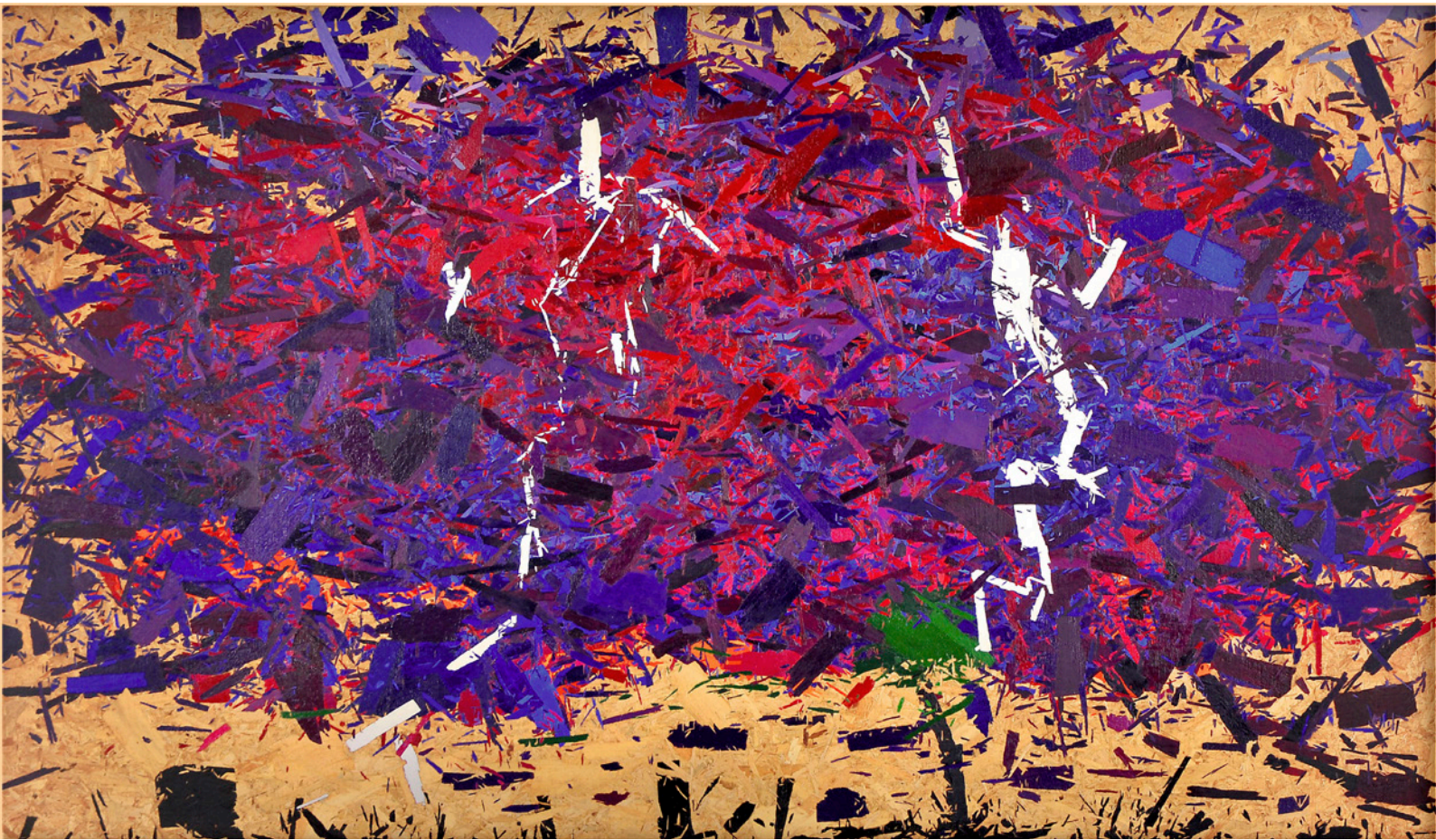
JELVA TUCANES

› La selva espesa

Me interesa el arte que busca co-crear con el material.

ÁRBOL. RAMAS, TRONCO Y CORTEZA

Duramen, líber, cámbium y leño. Extracto vegetal, animal y mineral. Cerdas, pelos o filamentos. Marta, ardilla, cerdo o pony. Animales participando activamente de la cosmología del arte de modo indispensable como transporte. El pincel expande el aglutinante aceitoso de los pigmentos minerales y vegetales. Luz solar, tierras y algas. Óxidos, carbones y piedras. Clorofila, carotenoides y antocianinas. La inmanencia de la pintura es la continuación del ciclo vivo del cosmos.



➤ La tormenta

El vapor es el soplo vital universal vital. El estado generativo del agua le otorga sentido a todo lo viviente.

SOMOS RÍO MARES OCEANOS



> Mar azul



➤ El intento del surfista

➤ El intento del surfista. Detalle

Mi vida por una ballena blanca, grita Ahab mientras persigue a Moby Dick.



➤ Arponero

Investigo un procedimiento para seducir al ojo, en la era óptica del *high tech*.

Esta exploración materialista continuó durante diez años hasta ahora, que incorporé algunos trazos gestuales en la pieza e introduje tintas y lacas, allí donde el mar, el caldo primigenio según Darwin, protagoniza el mundo hídrico de la semilla; la riqueza potencial de vidas surge de sus

PROFUNDIDADES OCEÁNICAS



> Oceánica

El caos es un entretreído azaroso en donde hilvanamos una imagen;

EN EL CAOS
TEJEMOS
NUESTRA
VIDA

Conectar puntos, crear conexiones, unir recorridos y armar secuencias; no hay *ex nihilo*, el mundo no es blanco, plano, ni puro; ya está creado, no hacemos aquí lo que se activa en nuestra mente sino lo que se genera en relación.



> Alfombras: NARANJA VERDE Y VIOLETA



Días, horas y vidas en el caos. Surge un árbol, transformado en pintura.

Duelo

Marina Banegas



► Ilustración: Rocío García

Amanecía y la niebla devoraba los árboles, el río, la isla. Ella empujó la canoa verde hacia el agua y el río se resistió. Volvió a intentarlo y por fin, como quien le permite la entrada a alguien que se ha vuelto un desconocido, el río la dejó pasar. Se levantó el batón negro desteñido y dio un salto que la colocó justo donde quería, en el medio de la canoa verde, que por un momento pareció perder el equilibrio. Tomó los remos pesados y trató de penetrar con la mirada la cortina blanca que todo lo envolvía. Se sentó en la tabla de madera húmeda y hundió un remo en el agua. El sonido se propagó en el silencio de la isla. Se fue alejando de la orilla, avanzando hacia el centro del río, de frente a la tierra que había decidido abandonar. Hizo girar la canoa y se dejó ayudar por la corriente. Lentos, los remos herían el agua una y otra vez, mientras su cuerpo se movía hacia atrás y hacia adelante y la respiración agitada acompañaba el sonido del agua amalgamándose con el silencio.

Antes de que el sol se soltara del horizonte y trepara por entre los árboles, ella detuvo la canoa. Ya se podían ver en la costa las siluetas de los matorrales y se escuchaban los primeros gorjeos de los pájaros, el reptar casi imperceptible de las víboras y, a lo lejos, algún gallo empeñado en despertar a todos para que notaran su ausencia.

El duelo no tenía fin, ella sabía qué hacer. Sacó los remos del agua dejándolos en el fondo de la canoa, después se puso de pie tratando de mantener el equilibrio y dio un salto que la colocó justo donde quería, en el medio del río. Cuando su cuerpo tocó el agua, la piel se le erizó. En su cabeza se confundieron el intenso burbujeo y la voz del hijo muerto. Decidida, absorbió el río, le negó al cuerpo la posibilidad de salir a la superficie y se abandonó. Cuando la respiración se volvió agua, solo quedaba en el medio del río la canoa verde, meciéndose.

HIJOS DE PUTA



DE CARNE

> Antología de poesía feminista

y de
SANGRE

#NiUnaMenos

Birreina del Sur

Las pibas quieren ir a la marcha
Yo quiero llorar
Me duele el cuerpo
Y también la memoria
No puedo explicarles la razón para quedarme metida en esta cama
No puedo llorar
Frente a ellas
Ni frente a nadie que sea de carne y de sangre.
He aprendido en estos años que los únicos compañeros incansables son
mis propios monstruos.
No hay mejor amiga que tolere lo que tengo el peso de decir.
Mi cuerpo lucha contra algo que lo enferma.
Hace tres años aprendí que si tenía que morir,
lo iba a hacer de pie.
Han pasado tantos días.
Tantos espantos.
Algunas cosas lindas.
Y otras que han dolido para los próximos cien años.
Me cuesta escribir.

Me exijo inspiración y perfección.
Hasta que me miro en el espejo y veo este ser cachuzo que soy.
Que ya ve menos.
Que se olvida de detalles mas no de las maldades.
Tan falta de belleza y simetrías.
Cómo poder ir a gritar #NiUnaMenos
Si todo el tiempo maldigo a ese monstruo inútil y estúpido que pudiendo
matarme, me dejó viva para esta vida que se me hace tan cuesta arriba.
Me duele la cabeza.
Mis ojos mezclan las letras.
Escribo y reescribo.
Y en mis cavidades oculares se junta un océano.
Tengo cristalinas las córneas.
Transparentes.
Llenas de silencio.
De soledad.

Postdata

Birreina del Sur

En la privacidad de mis carnes incorrectas.
En lo secreto de mis prejuicios y mis debilidades.
Allí me ahogo.
Y quiero abrir mis ojos.
Y quiero comerme toda la oscuridad.
Me pegan.
Una vez.
Otra.
Y otra más.
Y no me termino de morir.
Rota para tanta belleza.
Irremediablemente horrorosa.
Sangrante.
Hiriente.
Perra devorándose sus carnes malformadas.
Los huesos crujen.
El corazón es de carne y hace ruido lo mismo.
Si pudiera no existir.
Si pudiera saltar dentro de todos mis vacíos.
Y no tener el coraje puto de vivir.

Diez segundos de cobardía.
Fuego.
No existir.
Sobres con letras plateadas para los amantes que no me amaron.
Para él.
Que tanto me rompió.
Y mis crías me dicen “mamá”.
No hay conjuro como ese para mi soledad.
Para estas ganas enormes de romperme de una vez y para siempre.
Para ahogarme en las muertes que vengo muriendo.
“Mamá”, eso dicen.
Y quiero gritar.
Gritar.
Gritar.
Llorar los putos nudos de mi garganta ahorcándose.
Rajarme las venas y que brote de una inmundicia esta oscuridad.
“Mamá” y tengo que sonreír.
“Mamá” y tengo que dar un poquito más.
“Mamá” y tengo que postdatar dolores y desencantos.
Violadores y abusadores.
Amores y espantos.
Dejarlos guardados entre mis grasas y mis huesos.
Para otro mañana.
Para algún otro secreto cansancio...

Pequeño monstruo

Birreina del Sur

Dejé la belleza en el útero de mi madre.
La dejé enredada en la placenta que me contuvo por esos tantos meses.
Llegué a este mundo desposeída de ese atractivo estúpido, que le hace las cosas más “fáciles” a algunas mujeres.
Vine a este mundo en medio de oscuridad y tormenta.
En una noche ardiente y tumultuosa.
Llegué en medio del dolor de otro cuerpo.
Gritando con pulmones sanos.
Hambrienta desde las primeras horas en las que descubriría lo perra que puede ser esta vida.
No tengo belleza que conquiste miradas.
No tengo una piel perlada.
Ni muslos candentes.
Es como tener nada.
En mí solo se mantiene esta voz.
Voz de monstruo aterido.
De mujer invisible que debe gritar en dónde está, por dónde anda, por si acaso y el Amor quiera encontrarla.
Esperanza incorruptible como el saber que la muerte viene calma a buscarme.

Mi cuerpo ha envejecido.
Mis ojos brillan seguido de llantos nostálgicos.
De miedos eternos.
De tristezas reveladas.
Le dolí tanto a mi madre que nunca más pudo mirarme sin recordar que desgarré sus carnes.
Que lastimé sus pechos que no pudieron amamantarme.
Fue más el dolor que el amor.
Y me maldijo ella, no querida para siempre.
Nací dolorosa.
Y así he vivido.
A veces río.
Y me toman fotos.
Y en ellas veo a esa criatura monstruo, sin belleza.
Me visto de persona, adecento mi cabello.
Pero sigo siendo ese monstruo pequeño, que grita desconsolado,
tan feo.
Tan vivo.

un chocolatito en el rincón de la alacena

Sofía Lamarca

¿dónde están nuestras madres?
¿qué les hicimos?
dónde están nuestras madres
qué hay en sus silencios
en el grito ahogado en la almohada
en la lágrima con olor a lavandina

dónde están nuestras madres
cuando nosotras estamos en la calle
¿qué sueño están cuidando?
¿a qué rabia le temen?

cuando nosotras estamos en la calle
digo
¿quiénes somos nosotras?
quiénes están detrás de cada puerta
limpiando qué sangre
barriendo qué mierda
escondiendo un chocolatito
en el último cajón de la alacena

somos miles
 dicen
¿dónde están nuestras madres?
¿a quiénes avasallamos de culpa
por estar dentro
mientras cerramos la puerta
y olvidamos la llave?

¿dónde están nuestras madres?
¿por qué les negamos la furia?
dónde están nuestras madres
por qué las buscamos, por qué no las vemos
por qué nos jactamos de la desobediencia
si nuestras madres están ahí,
como siempre,
resistiendo.

El trabajo dignifica

Alexa Pettone

En momentos de grietas políticas y campañas
escucho decir que el trabajo dignifica,
que nos hace el hijo perfecto
en el seno de alguna familia “bien”,
hijo que no tiene idea de las múltiples maneras y formas
que existen de ganarse un asqueroso peso
para poder comer algo caliente.
En una noche oscura
solemos aparecer detrás de las tinieblas
como animales en manada en busca de agua y de comida.
Vestidos cortos, lentejuelas, zapatos altos y algún maquillaje barato.
Somos una frágil empresa en quiebra.
Todo es fantasía
en la noche de los absurdos hombres
y asquerosos
que depositan parte de su sueldo en nosotras.
Es plata sucia
destinada a complacer las obscenidades
que no pueden gritar por cobardes,

hijos de la presión social
que te quiere machito sin fragilidades en la bragueta.
El rocío en la noche
avanza como un manto eterno y duro
que estruja mis costillas y mi entrepierna.
No paro de recibir sustos en la noche.
Jamás pensé que esos juegos de muñecas,
en los que soñaba tener una casa
y un marido que me ame
en los que era la mujer que imaginé ser,
iban a destruirse por completo.
No quiero jugar más a esto.
Quiero poder estudiar
para poder comprarme las ollas que siempre quise,
la máquina de coser a mamá,
mis medias calentitas que casi no tengo,
una pava nueva y sábanas limpias.
Llevo más de tres cuartos de mi vida
tirada en sábanas sucias por los cerdos.
El trabajo dignifica y yo ya no soy digna.
Toda una sociedad me condenó de pendeja,
me condenó cuando a los nueve salí
y me robé mi primera pasta de dientes en el chino,

me condenó en la escuela en la que tenía que estar
sin que nadie,
absolutamente nadie,
detectara la diferencia.
La terraza de mi abuela es tan blanca
porque repele el sol
y con él mis tristezas.
Estoy sentada,
escribo como puedo
porque el pulso es mañero cuando no se lo pule,
pero con dificultades escribo y cuento a mi manera,
siendo bruta pero tan profunda.
Quiero ir a la escuela,
quiero hacer las compras del día
como cualquier ser humano.
No tengo idea de qué se siente tener una mutual
y menos un recibo de sueldo.
El trabajo dignifica
y quiero que me den la oportunidad
de poder reivindicarlo.

Genealogía de los afectos

Natalia Luna

¿Qué tengo en mi corazón?

Mi abuela tenía una agonía de sueños
anudada en el costado, la herida
de un pasado derramado sobre la alfombra,
puñados de caramelos entre
sus dedos nudosos, crecían, eran flores
entre las raíces.

Mi madre, mi madre tenía
mucho miedo, mucho misterio,
un futuro difuso y creciente,
una niebla que flota sobre la marea.
Mi madre, mi madre tiene
un jardín que florece, lo riega, lo alimenta,
crece alrededor de los restos del naufragio.

Yo tengo un acantilado.
Un pie en el borde, en el límite,
el filo del viento me corta los labios,
y no puedo saltar, no puedo,
no sé abandonarme,
no sé querer.



El paisaje de la lucha

Anita Ottoline

Hace mucho que no escribo,
porque escribir es hablar,
y hablar requiere de aire.
¡Vaya coincidencia!
El aire me ha faltado mucho
en los últimos tiempos,
tanto,
tanto,
que la falta se convirtió
en la ausencia más acogedora.

La falta de oxígeno
como un paisaje del que soy parte,
del cual vivo,
en el que encajo a la perfección,
como mi madre
cuando se despierta
y al ver otro femicidio
y al ver otro femicida,
me mira,
y cambia de canal.

La falta de oxígeno
también la invade a ella
haciéndola parte de ese mismo paisaje
en que es mejor omitir
que afrontar
que no se puede vivir sin aire,
pero que tampoco
se puede vivir
con miedo a respirarlo.

Entonces pienso:
nos quitaron todo.

Y lo repienso:
aun así,
no nos quitaron nada

Porque cuando el miedo penetra tan hondamente,
todas las estructuras se rompen
y todos los platos se parten.
No existe el olvido ni existe el perdón,
pero sí
existe
la lucha.

Entonces,
la miro a mi madre
y pienso:
qué ingenuidad la mía,
la de creerme libre
cuando el temor la atormenta a ella.

Y la miro nuevamente
y repienso:
qué gloria la mía
por no resignar la libertad de vivir,
por creerme fuerte,
resistente
y valiente
en un mundo que se cae a pedazos.

Yo lo sé,
el mundo se cae a pedazos
y no necesito aclaraciones
ni resignaciones.

El mundo se cae a pedazos,
mi mamá lo sabe,

mi abuela lo sabe,
mis amigas lo saben.

Pero no lo saben los machistas.

Que no,
no voy a resignar mis libertades,
ni voy a resignar mis decisiones.

Que el mundo es injusto,
pero no voy a formar parte de esa injusticia.
Que me seré fiel
y que voy a luchar hasta el hartazgo
contra todo
y contra todos
los que se opongan,
a cada uno
que se pare,
le daré batalla
con todas ellas,

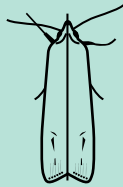
porque decido vivir a mi manera,
y aunque el oxígeno muchas veces falte
y la bronca muchas veces sobre,

decido respirar
decido correrme de la normalización
y la estandarización de la injusticia.

Que estoy harta,
pero que
no tengo miedo.

Y que mi acto de rebeldía,
hoy,
y siempre

será vivir
i como quiera vivir!



Mujeres girasoles

Virginia González

Mujeres
como un campo de girasoles
erguidas, amarillas
Agradezco que,
livianas al viento,
sus miradas
me mostraron
nuevos rumbos.

Sus centros nutrientes,
agradezco,
su giro hacia la luz
en la penumbra.
La suave sinfonía
de sus cuerpos grupales,
codo a codo,
cara a cara,
creando una canción.
Amigas bajo el cielo azul,
graneadas,
laboristas,
de frente batallando,

de rodillas creyendo.
Me enseñaron a
llenarme la vista
de mirasoles,
soltarme los pétalos
y la voz,
cuando azula el frío
del invierno.
Siempre de aceite
los deseos,
los dedos,
resbalando caricias
limadas de sol.

Siempre yemas rebosantes,
círculos sagrados,
arremolinados
cual hélices guerreras.
Mientras ellas se mecen
al compás de una mañana
de enero
yo paso,
hacia los campos de Orense.
Paso fugaz

como las flores del campo.

Carne rota

Beatriz Ontivero

Punto inexistente,
ni siquiera mancha cartográfica.
Aldea
donde los hombres
profanan el útero de sus hijas.
Con estampas de santos sellan las ventanas.
Con hostias anulan las puertas.
Cuerpo sagrado.
Cuerpos jadeantes.
Sangre de mi sangre,
Carne propia hecha placer.
Laberinto de ligustros,
la única forma de que entren
es invitándolos a pasar.
Infierno en carne viva.
Infierno terrenal.





TIENE 12 AÑITOS!
ES JUJENA
FUE VIOLADA!
PARIÓ GEMELOS. SOLITA
ELLA "NO QUERÍA"!
ELLA TENÍA DERECHO
A "NO QUERER"

► Ilustración: Paulo Finocchi

Madre

Beatriz Ontivero

El sacrificio de mis piernas.
La crueldad del vientre escarbado.
Abrasadas en un abrazo intestinal,
mis ofrendas eran de vómito.
Vos lo soportaste.
Quienes blandieron sus uñas en mí
-al igual que todos los que se hundieron en mí-
podrán dejarnos solas.
Estamos destinadas a perpetuarnos.
Condenadas por comprender.
Como mordí su útero, ella se volvió en contra de mí.
Aún sin despegarnos, observa sin todavía creerte.
Sepultada por el orín. Mojada por la sangre.
Los pechos erguidos y fulminantes.
Incandescentes como la mirada.
Destripada.
Absoluta.
De ojos que recién se abren al mundo.

estar cerca

Melina Mendoza

las mejores mentes de mi generación
deben estar en algún lado

caminando por las calles del prestigio

pueden encontrarlas en alguna
sección del diario del domingo

quiero estar cerca de quienes me deforman
quiero andar por la senda equivocada
quiero descostillarme de risa
quiero hundir la vista en terrenos barrocos
quiero que me cuentes todas tus pesadillas

hay una maquinaria de ángeles mahometanos
en las caries que no nos dejaron dormir anoche
anoche

se sentía olor a cenizas
cenizas de alguna irreverencia y look primordial

vi un desacato
que no tiene el blanco y negro de la beat generation
ni el compás de un jazz envuelto en humo de marihuana

vi una desfachatez
que tiene brillo de comparsa
y una lengua llena de plumas
rouge de vamp
aullido de loba
un sonido de lágrimas

vi una hidra de muchas cabezas
desayunándose autoridades institucionales
intelectuales
heterosexuales

la vi hacer un eructo bomba estruendo
hacer temblar toda tu madison avenue
donde el único movimiento que se registraba
era un poco de sexo en lugares prohibidos con drogas baratas
acá se registran sismos de día y llevan
tacos plateados

quiero estar cerca de quienes me deforman

nietzsche admira a schopenhauer
en las palabras que montaigne le dedica a plutarco:

“apenas he lanzado una mirada en él,
y ya me han crecido una pierna o un ala”

amiga, cuando me apoyo sobre tu hombro
mientras me lees poemas de mansión de llanto
me crece una teta, una nalga
nuestros cuerpos se juntan de manera extraordinaria
salimos a comprar en esta materialidad amalgama
tenemos rollos hasta en los ojos
unos labios, unos cachetes que se salen de nuestra cara
también
tenemos hambre
y un apetito especial

literatos que lleven a pasear sus buenas poesías
y su moral altísima,
circulen con precaución.

> Ilustración: Naiquén Estelrich



Los diarios

Ezequiel Olasagasti

Una gota le patina desde la frente a la nariz. Se desprende y cae sobre la caja que acababa de cerrar, el cartón la absorbe de inmediato. Deja la cinta de embalar y va al comedor. Pone en diecisiete el control del aire acondicionado.

—Ya fue, no doy más de calor —se queja.

Se alegra cuando piensa que es la última cuenta de luz que va a pagar. Vuelve a la pieza, agarra todos los libros que le faltan y los lleva al comedor. Va a terminar de embalarlos bajo el frío del aire. Ya no le queda mucho: los libros, la ropa de invierno y algunas tazas y platos. Las cajas cerradas se amontonan junto a la puerta. Los que hacen la mudanza cobran por hora y ella quiere ahorrarles todo el tiempo que pueda. El colchón está en el comedor, tirado junto a un tomacorriente donde va a enchufar el celular cuando se duerma. Tiene abierta la computadora sobre la mesa. En ella suena una lista de música que intercala Smashing Pumpkins, Pixies, Blur y Pulp. Le pone solo un par de cintas a la caja de los libros, ya no le queda mucha. Prende la pantalla del celular y ve que tiene un mensaje de voz en el *WhatsApp*. Es su amiga Vicky.

Negra ¿cómo estás? Che, mañana temprano estoy ahí para ayudarte.

Seguro viene Tomy también a darnos una mano. Hoy no llegaba ni ahí, no sabés el día que tuve.

Malena le da *play* al otro audio y lo deja sonando mientras guarda otras cosas. Después de escuchar la complicada jornada de su amiga le contesta por escrito.

Está bien amiga, no te hagas drama.

Le llega otro audio de inmediato, es más corto.

Bueno Malu, cuidate mucho. Me da cosa que te quedes ahí sola. Te dije que llames a tus viejos al menos, que seguro se copan y van. Bue, no te quiero andar jodiendo con eso. Mañana temprano estoy ahí, así que prepará el mate que llevo las facturas.

Malena le contesta con otro texto.

Gracias, Vic. Quedate tranqui que no pasa nada. El mate va a ser sin burrito porque ya lo guardé.

Le envía unos *emojis* de caritas riéndose.

Acomoda la caja de libros con los demás bártulos. Le vibra el celular, es Vicky. No se molesta en abrirlo porque ve que son besos y corazones desde la pantalla bloqueada. Mira el patio, siente ruido de lluvia pero el cielo apenas si tiene unas nubes difuminadas. Prende la luz porque la noche ya invadió todo. Cuando ve los muebles del patio se muerde el labio inferior.

—Qué ganas de llevármelos, por favor —piensa—. Pero en el depto no entrarían.

Sus padres se van a encargar de darles un buen uso. De paso, le va

a dar un motivo a su padre para salir a tomar un poco de sol y apagar la televisión los domingos que se junten a comer. Prefiere eso a venderlos, pero igual le da pena. Su mamá no entiende por qué ella se muda. Todo el día le escribió mensajes preguntándole por qué dejaba una casa tan hermosa y grande para irse a vivir acovachada en un monoambiente de Capital. Malena le dio mil razones: que va a estar más cerca del trabajo, que la casa es muy grande para ella sola, que los impuestos, que los vecinos, que es muy vieja, etc. Le hizo una lista de motivos que nunca nombra el verdadero. La razón real de la mudanza era un tema que no quería tocar con nadie. Menos con sus padres. Se pondrían muy nerviosos y no sabe lo que podría pasar.

—Papi sí que no jode —piensa mientras cierra la reja del fondo.

Recorre los ambientes de la casa fijándose si no se olvida nada. Se agacha para revisar el cajón de debajo de un placar que tiene en un cuarto que no usa. Tiene unos zapatos con unos tacos altísimos que solo usa en casamientos o eventos de ese estilo. Cuando los agarra se le cae una moneda del bolsillo de la camisa. El ruido al golpear el fondo del cajón hace eco en todo el cuarto. Le llama la atención la forma en que sonó: fue un ruido hueco. Golpea la madera y la siente rara. La pierna le hormiguea por el celular. Lo toma pensando que es Vicky pero es un mensaje de texto de un número desconocido.

Negra, soy Fernando. ¿Podemos hablar? dice el texto.

Malena se tensa. Aprieta un par de letras pero se arrepiente y borra

todo. Bloquea la pantalla del celular y lo mete en el bolsillo. Tiene los hombros levantados y los puños apretados. Agarra el cajón y lo saca del ropero. Le pesa. Es de una madera vieja y maciza. La mano se le vence pero no lo suelta. Cuando lo apoya contra la pared escucha un ruido. Lo hace girar y el ruido es más nítido. Es algo que choca contra los bordes.

—Entonces está hueco. Tiene algo adentro —murmura.

El ruido es el que podría hacer una piedra o alguna otra basura. Suena como algo grande. Lo pone en el piso. Vuelve a golpear la madera del fondo y ya no tiene dudas de que está hueca. Se imagina que puede ser algo valioso. La casa tiene unos cien años. Confía que puede ser alguna antigüedad que guardaron. Ve tantos programas de *History Channel* que se siente una experta en el tema. Podría ser algún objeto de plata, una caja elegante con joyas de señoras coquetas, algún libro antiguo en su primera edición que hasta podría tener billetes entre sus páginas. Las posibilidades le inundan la cabeza. Lleva el armatoste al comedor para revisarlo más cómoda. Se queda un rato bajo el aire, el esfuerzo la hizo transpirar. Agarra el único cuchillo que dejó a mano. Se hizo unos sándwiches a la tarde y pensaba comer otro antes de dormir. Vuelve a sentir la vibración del celular. Se queda quieta un instante, no sabe qué hacer. Es otro mensaje de texto del mismo número desconocido.

Malena, es importante. No te quiero joder. Dejé unas cosas en casa que son para el laburo.

Deja el cuchillo junto al cajón. Mira la pantalla unos segundos y escribe:

Hola. Mirá, estuve ordenando mucho la casa y no encontré nada tuyo. Fijate que debe estar en otro lado lo que buscás. Abrazo.

Deja el pulgar flotando sobre la pantalla hasta que aprieta el botón de enviar.

Vuelve a concentrarse en lo que está haciendo. Clava el cuchillo en uno de los costados de la madera y hace palanca para levantar el fondo. Trata de no romperlo. Hace lo mismo en otras partes del cajón sin éxito. Una de las esquinas se rompe.

—La puta madre —grita al aire.

Algunos mechones de pelo le caen sobre las pestañas. Lo toma con las dos manos, le da una vuelta rápida arriba de la cabeza y le atraviesa una birome que tenía a mano para sujetarlo. Mueve un poco el cajón, se asoma algo de tela. Malena mete la mano en el hueco y tira de la madera. El celular le vuelve a vibrar, pero no le hace caso. Afloja la fuerza, toma aire profundo y vuelve a tirar. Se parte un trozo mayor de madera. Se asusta, mira la mano buscando algún corte o golpe pero está sana. El hueco en el fondo falso es lo suficientemente grande para sacar, no sin mucho esfuerzo, el objeto sospechoso que parecía de tela. Es una bolsa de lienzo. Larga nubes de polvo cada vez que Malena la mueve. Su color apenas se diferencia del marrón oscuro de la madera del cajón. Una pequeña sogla le ata la punta. Malena se tarda en desamarrarla porque el polvo le da un ataque de estornudo que no puede calmar. Cuando por fin lo consigue, saca de la bolsa dos libros. Uno negro, de tapa dura y poco más chico

que una libreta. El otro era más grande, con tapa y contratapa de cuero marrón, y estaba sujeto con cuatro espirales metálicos oxidados. Se deja caer en la silla.

—Bueno, joyas se ve que no eran —dice.

Se acuerda del celular. Es otro mensaje con el mismo número desconocido que ya asumió es de Fernando.

¿Te puedo llamar?

Ella cierra la aplicación del celular y lo guarda. El cuaderno marrón tiene un nombre grabado bajo relieve en la parte inferior de la tapa: F. H. A. D. Abre para ver la primera página y descubre que el nombre del dueño fue el doctor Francisco Honorio Alvear Díaz y que esa era su agenda laboral. Corre algunas hojas y escucha cómo se rompen. Aprieta fuerte los dientes en una mueca que le hace arrugar el cuello. Lo deja sobre la mesa como esperando que se recupere de la macana que había hecho. Agarra el otro, el negro. Es más grueso que el primero y mucho más austero. Sus tapas son de cartón pintado de negro y parecía estar cosido a mano. En la primera hoja tiene el nombre de su dueña, perteneció a Dolores Belén de Alvear Díaz y parecía ser una especie de bitácora o diario íntimo. Pasa las hojas de una en una con movimientos lentos y delicados. El papel tiene el color del caramelo y hace el mismo ruido, como si fuera a quebrarse. Todas las entradas empiezan con la fecha y el lugar. Se para en una al azar. Tiene una caligrafía hermosa, como hecha por una tipografía de *Word* que nadie usa.

Domingo 20 de febrero de 1913, Ciudad de Buenos Aires.

Ayer llegamos a la quinta que la familia de Francisco tiene en Belgrano. El viaje se pasó más rápido de lo que creí. Es de una hermosura que me es difícil describir. Lo que me obnubila es ver cómo los rayos del sol rebotan en la superficie del río. Escribí una carta anoche antes de dormir. Ahí cuento, con lujo de detalles, la maravilla que es este lugar. Hoy se la envié a mi familia para que mamá se las lea a todos. Francisco dijo que, tal vez, me dé algunas clases de equitación. Es algo que deseo mucho. Sin embargo, la cólera lo ha invadido estas últimas horas. Cometí el error de ir a la piscina de la quinta con un traje de baño que no es de su agrado. Me dijo que una dama no debe mostrar su cuerpo de esa manera. Dijo también que seguro los peones del jardín me desnudaron con la mirada. Siento todavía cómo me invade la pena. No fue mi intención provocar así a todos. Dice Francisco que solo las prostitutas de los conventillos se muestran así. Por suerte su furia mermó a lo largo del día. Tengo la fe de que mañana estará con el semblante ideal para darme la propia instrucción con los caballos. El infame traje de baño ya está en la maleta. No volveré a usarlo en mi vida.

Malena sigue leyendo un poco más por encima. Se indigna al leer cómo era tratada Dolores por el marido. Deja el diario sobre la mesa. Ve que en la cafetera queda un poco de la mañana. La prende para que se caliente mientras sigue leyendo. Pasa las hojas de a pares deteniendo los ojos de

vez en cuando para leer algo. Lee un poco sobre las costumbres y vida de la mujer en esa época. Los paseos, la costanera porteña, las cafeterías y las tertulias de la alta sociedad. A todos esos lados iba Dolores acompañada de su marido. Se para en una página que tiene como fecha el dos de mayo.

Lo de anoche fue horrible. Yo no sabía que existen libros inapropiados. No puedo enojarme con la señora Idibarren. Desde que me casé y Francisco me trajo a la ciudad, solo ella me ha mostrado cosas maravillosas. Me enseñó a leer en solo un mes, una hazaña que la familia de mi esposo creyó imposible. Con el tiempo, escribir se me hizo también una tarea simple y hermosa. La lectura fue el mejor regalo que me han dado en la vida. Me ha permitido viajar por lugares y tiempos que jamás hubiese podido imaginar siquiera. Fue este mi salvoconducto de la locura que puede generar la soledad de esta casona enorme. Mi cultura aumentó considerablemente. En las tertulias o en las fiestas ya puedo tener conversaciones con las otras damas. Confío que eso enorgullece a mi esposo.

El problema es que ya leí todo lo que hay en la casa, salvo los libros de derecho que Francisco tiene en su oficina pero, aparte de que no me deja entrar ahí, son terriblemente aburridos e incomprensibles. Hace unos días doña Idibarren me regaló un libro de su biblioteca personal. Se llamaba Madame Bovary y fue escrito por un autor francés. Me fascinó desde la primera hoja. Lo leí en un día y lo volví a leer al día siguiente...

Malena deja de leer cuando nota que la cafetera hace un ruido insostenible. Le echa un chorro de leche fría y otro de edulcorante líquido. Se sienta y, mientras da un sorbo cuidadoso para no quemarse, reanuda la lectura.

...pero ese libro debe tener algo malo porque a Francisco le molestó que lo leyera. Me dijo que era un libro sobre una adúltera prostituta. Me preguntó cómo podía considerar interesante una historia como esa. Me arrebató el libro de la mano y lo arrojó al fuego de la salamandra. No pude contener las lágrimas ¿Qué le diría a la señora Idibarren? Me dijo que me concentrara en leer libros de etiqueta o de moda que buena falta me hace. Le pedí perdón pero no me respondió. Esa noche no volvió a dormir a casa.

Malena vuelve a sentir lástima por la mujer. Cuando deja la taza en la bacha de la cocina ve que la pantalla de su celular brilla. Lo agarra, tiene tres llamadas perdidas del mismo número. Ese que en un principio le pareció desconocido pero que ya sabe que es de Fernando. Borra las notificaciones que le avisan de la llamada. El celular le empieza a vibrar cuando lo tiene en la mano. Es otra llamada del mismo número. Corta de inmediato y lanza una puteada al aire. Cuando lo deja en la mesa vuelve a vibrar por una llamada. Estira el dedo para cortar antes que dé el segundo tono. Quiere que entienda el mensaje. Vuelve a tomar el cuaderno negro,

le queda menos de la mitad para terminarlo. Pasa algunas páginas pero se detiene en una fechada el nueve de agosto.

No quiero volver a ver al señor Oliviera en lo que me resta de vida. Siempre fue muy amable conmigo pero, como ya me advirtió Francisco, es solo un dandi de segunda mano que quiere aprovecharse de mí. En la velada de ayer en la casa de los Díaz Quintanilla se propasó en halagos y piropos para conmigo. Francisco ardía en celos. Le juré que entre el señor Oliviera y yo nunca jamás pasó ni pasará nada, pero no me creyó. Me acusó de darle alas. Dijo que si él se me insinúa, es porque yo le envío señales positivas. Me acusó de querer dejarlo porque Oliviera tiene más dinero.

El dolor de estómago me dura hasta hoy. Me duele cuando me froto con la mano. Las tres marcas violetas se rehúsan a irse por más hielo que le ponga. El coñac parece no acabarse nunca en esta casa, el alcohol lo pone tan violento. Al menos no me dejó marcas en la cara, eso hubiese sido terrible. Esto lo cubro con un vestido y ya.

A Malena se le cae una lágrima por la mejilla, se pasa la mano por la panza sin notarlo. Va al baño y saca el rollo de papel higiénico para sonarse la nariz. Siente la vibración del celular sobre la mesa. Mira la pantalla y ve que es un *WhatsApp* de su amigo Diego del trabajo.

Hola, genia. Che, escúchame. Cuando salí del laburo lo vi a Fernando

en la esquina. Creo que vino a esperarte. Me dijo lo del celu, que se le rompió y no se puede comunicar con vos. Le dije que hoy no viniste. Bueno, nada, eso. Contame después qué onda la mudanza. Besos.

Malena se rasca el cuero cabelludo. Se desata el rodete y lo alisa con los dedos entreabiertos. Se frota los ojos hasta ver estrellas de colores. Le contesta un simple

Ok Diego. Gracias.

Apoya la cara en las palmas y mira a la nada. Se toma uno de los mechones de pelo que se le cruza entre los ojos y empieza a separarse las puntas florecidas. Vuelve a mirar el cuaderno y decide terminar de pasar las hojas que quedan. Lee cómo las palizas fueron cada vez más frecuentes y con mayor violencia. Ve que Dolores pensó en escapar varias veces pero, como no tenía dónde ir ni forma alguna de mantenerse, siempre se arrepentía. El libro tiene hojas arrancadas. La última historia que figura es la del dos de noviembre de 1913.

Hoy a la mañana vomité sangre. Pensar que el bebé pueda estar vivo todavía es una idiotez. Es obvio que las patadas me lastimaron por dentro. Hace unos días la señora Idibarren me consiguió las gotas que le pedí. Me excusé en mis ya dilatados problemas para dormir. Al ver mi cara de seguro no le fue difícil creerme. Puse las gotas en la botella de coñac, más de las recomendadas por las dudas. Quiero que el hijo de puta se duerma después del primer vaso. Ya dejé el cuchillo debajo de la almohada. Por lo

que pude ver el corazón está debajo de las costillas, sobre la boca del estómago. Al fin sirvieron de algo las enciclopedias esas que se apelmazan en los libreros.

En unos días puede que ya esté en la cárcel. O muerta, también es una opción. Me gustaría estar en Santa Fe pero eso ya es una utopía. Solo quiero ser libre.

Suena el teléfono de línea. Malena cierra el libro como quien está leyendo algo prohibido. Corre y levanta el tubo. Piensa que debe ser su mamá.

—Hola... ah, hola... dale ¿qué pasó, Fernando? ¿Por qué me llamás?... Sí, sí, estoy bien. Ocupada... no atendí porque no quiero hablar con vos. Pensé que habías entendido la indirecta... no, no tenemos nada que hablar... Fernando... escuchame... No, no tenemos nada que arreglar. No quiero que me llames más... sí, de verdad. Y dejá de ir a mi trabajo, ¿no ves que me pueden echar?... ¿Qué? ¿Qué tiene que ver Diego?... Mirá, en todo caso yo hablo y ando con quien quiera... Fernando, no me deberías ni llamar. Lo tenés prohibido también. Deja de molestar a la gente pidiendo mi número... Fern... Fernando... no me grités, yo te estoy hablando bien... Tenés una orden, flaco. No la compliques más por favor... No, Fernando, no te quiero ver... No, Fernando... no te podés acercar... ¡Sabés qué, en unos días si sos brujo me vas a encontrar, pelotudo! ¡Y dejame en paz!

Choca el auricular contra la base y desconecta la línea. Le tiemblan las manos y el párpado derecho. Siente la garganta cerrada. Saca una botella

de agua de la heladera y se sienta a tomarla. Busca relajarse para poder dormirse de una vez. Ya no quiere hacer nada. Pero no puede bajar la ansiedad. Hace sonar los talones contra el piso. Se saca el esmalte viejo de las uñas con los dientes. Mira el celular todo el tiempo. No le vibra. Agarra el otro cuaderno, el de Francisco. Esta vez lo manipula con más cuidado. Es radicalmente menos interesante. Solo tiene fechas de reuniones, números, ayuda memoria, nombres de potenciales socios, etcétera. Es escueto hasta para poner las fechas en las hojas. Ponía el número de día, de mes y de año separado por una barra diagonal. Encuentra algunos papeles sueltos. Estaban firmados y sellados. Se esperanza con que sean bonos o acciones pero solo eran pagarés o recibos de préstamos. Se detiene en la hoja que casi rompe cuando abrió el libro.

22/06/1913 dice el borde superior derecho. En la página Francisco pone un recordatorio de mandar a empeñar las joyas de la familia. Bajo eso figuraba la fecha del último embargo del banco.

Malena toma el tercer vaso de agua. Se siente relajada pero sin sueño. Sigue pasando las hojas. Ve más nombres, números y nombres de fábricas. El tema de la quiebra se repite. Hay insultos y una caligrafía temblorosa que terminaba en manchones de tinta muchas veces. Malena nota que, al igual que el diario de Dolores, el cuaderno tiene hojas arrancadas. Encuentra un pequeño papel doblado en tres partes metido en un bolsillo interno de la contratapa de la agenda. Tenía el mismo color sepia de las hojas, pero su peso y consistencia no parecían los de un papel común.

Malena lo desdobra con el mismo cuidado que tuvo con todo. Era una carta de puño y letra.

Estimado Francisco:

Los años de trabajo junto a don Abel han forjado una amistad hermosa en nuestra familia, recuerda siempre que le debe mucho a nuestro abuelo. Él puede ayudarte con lo de Dolores. Que se evite una investigación no debe ser un problema para un juez de su calibre. Mucho menos de una paria de campo que ni apellido tiene. Él, como todos del círculo en el que nos movemos, ha oído el rumor de que ella es una infiel de mierda. Los chismes se diseminaron por los lugares correctos.

Todos sabrán entender que tu honor machado debe ser "vengado" de alguna forma. Creo que, si se lo pedimos, el propio Don Abel tomaría el revolver.

Es necesario. Dolores fue un arrebatado de lujuria de tu juventud estúpida. Pero todo esto ya fue demasiado lejos, tenés que ocuparte y recomponer la situación en la que metiste a la familia. Lucio Arwell me habló de su prima. Sin dudas, un mejor partido para vos. Entiendo su condición de solterona al verla, pero su familia es el trampolín que necesitás para que el estatus de nuestro apellido vuelva a estar acompañado de un caudal monetario decente. No dudés en pedirle ayuda a Jacinto, pedile a él y SOLO A ÉL que te acompañe a la quinta de Belgrano a terminar con esto. Hay espacios de tierra donde ni los perros llegan a escarbar. Jacinto es un empleado fiel, sé

que conoce secretos peores. Cuando leas esto te pido que tengas todo listo para viajar. Estoy en la casa de Santa Fe por negocios y puedo hacerte un espacio para que te relajes hasta que pase todo el alboroto.

La carta estaba firmada por Mateo J. Alvear Díaz.

El timbre suena. Malena vuelve a cerrar el libro rápido como una trampa de oso. El ruido retumba en el comedor. No se levanta a abrir. Se queda estática en la silla. El timbre vuelve a sonar, esta vez acompañado de unos manotazos en la puerta.

—Dale amor, abrí. Tenemos que arreglar las cosas.

Malena salta de la silla y agarra el llavero que cuelga de la cerradura. Prende el celular, pero no sabe a quién llamar. Da pasos hacia atrás sin sacar la vista de la puerta. Los golpes son cada vez más fuertes.

Se sienta en el colchón que puso en el suelo. Envuelve las piernas con los brazos. La puerta tiembla con el golpe de una patada.

—Abrime, hija de puta, ¿ves cómo sos? —se escucha desde la puerta que vuelve a tambalearse de un golpe.

Malena lo escucha como si gritara junto a su oreja. Aprieta el botón antipánico y se larga a llorar. Se tapa la boca para que no se escuche. Corre a tomar el cuchillo que dejó tirado junto al cajón. Aprieta el botón de nuevo. La puerta vibra con el golpe de otra patada.

De oficio, escritor

Entrevista a
Juan José Oppizzi



Una tarde de julio de hace cinco años recibí un correo electrónico de un escritor arrecifeño que, días después, me regaló *Un río de milenios*. En ese libro leí este poema.

Andamos juntos
el olvido y yo.
Él no recuerda quién soy;
yo no recuerdo quién es.
Acaso ninguno existe.

Fue mi primer contacto (de muchos) con la obra del genial Juan José Oppizzi, el escritor de la llanura pampeana. Charlar con él es desentrañar los intrincados y misteriosos caminos de la literatura y la creación en este punto del planeta. Vení, pasá, leé.

Sos un escritor prolífico, muy premiado y que ha publicado en una gran cantidad de editoriales prestigiosas. Además del talento, ¿cuál es el secreto, Juan?

El principal —y quizá único— secreto en ese aspecto es el trabajo constante. Existe un mito acerca de lo artístico, y es que los autores de



las obras reciben algo así como un rayo de luz que los impulsa y les guía las manos en el momento de crear, dejando la obra velozmente acabada. Mi experiencia personal me indicó lo contrario. La labor diaria, el esfuerzo por encontrar mejores formas de decir, el estudio, la comparación, el descarte son el camino hacia la realización. Haberme dedicado por cincuenta años al ejercicio de la literatura dio por resultado un lenguaje y un tipo de expresión que plasma lo que siento, aunque ni por asomo en su totalidad. Pienso que el objetivo del creador —en cualquiera de las ramas artísticas— es precisamente decir lo que los sen-

timientos le apuntan sin palabras, sin formas, sin imágenes o sin sonidos. El paso desde ese ámbito del interior humano al papel, la piedra, el lienzo o la partitura es un proceso complejísimo, ya que implica traducirlo mediante las herramientas que nos brinda la realidad: letras, buril, pincel o teclado. En el caso de la literatura, la herramienta obvia es el idioma. Pero debo decir que, si uno emplea el ejercicio de la conciencia, es decir, si uno está alerta en su nivel de exigencia, va a notar que nunca llegará a expresar cabalmente su interior. Esto, que tiene su costado desolador, también conlleva la estimulante posibilidad del perfeccionamiento, que es, en esencia, el sentido de toda obra. Todo ese proceso está muy lejos de la idea del rayo de luz que instantáneamente nos pone ante la obra acabada. Lo que se denomina *inspiración* no es sino la predisposición anímica, incluso física, para la tarea creativa, pero a partir de ahí lo que empieza es la “transpiración” en pos del objetivo.

Has publicado con diferentes editoriales. ¿Cómo fue esa experiencia? ¿Tuviste injerencia en el resultado final?

La experiencia de publicar es multifacética. Como en todos los rubros de la actividad humana, existen las personas bienintencionadas y los pícaros. Cuando uno empieza a escribir, ingenuamente desea publicar de inmediato. Esa ansia lo lleva a recorrer editoriales y dejar originales para su evaluación. El resultado de tal peregrinación suele tener dos características: los rechazos (o



las faltas de respuesta, que es lo mismo, pero disimulado) o ser atrapado por inescrupulosos. El rechazo es lo mejor, porque sirve para la autocrítica. La otra alternativa lo somete a uno a un engaño que siempre cuesta mucho dinero. Quienes lucran con el deseo de publicación de los escritores nóveles suelen ser muy elogiosos con las inexpertas obras que reciben; le hacen creer a uno que prácticamente está al nivel de un Borges, de un Cortázar; y, si no hay la suficiente autocrítica, uno puede nublar su sensatez en pos de esa eventual extraordinaria edición que se nos promete. Con el tiempo y con la experiencia, se aprende a hacer una distinción que es fundamental: la que existe entre una imprenta y una editorial. Ese es un paso de suma importancia, porque hay una inmensa cantidad de editoriales que figuran así, pero que en realidad son imprentas. La imprenta recibe el original, presupuesta la tirada y, una vez hecha y paga, se la entrega al autor; no hay labor de revisión del texto ni plan

de ventas en librerías ni difusión en los medios apropiados. La editorial, en cambio, evalúa el trabajo, lo somete a revisión por parte de expertos y, si acuerda publicar, empieza un período de colaboración con el autor para pulir el texto, idear la diagramación, componer el diseño de tapa, colaborar en la presentación o presentaciones y trabajar en la difusión de la obra.

Al menos cuatro de tus libros fueron autopublicados. ¿Qué nos puedes contar sobre eso? ¿Volverías a hacerlo?

La autopublicación fue una alternativa a las posibilidades que señalé antes. Las hice con los mayores esfuerzos, ya que algunas obras fueron editadas por imprentas comunes y toda la estructura de los ejemplares, desde la diagramación hasta el diseño de tapa, corrió por mi cuenta. De cualquier manera, el hecho de publicar en editoriales reconocidas no significa que el autor no tenga que pagar. Son muy pocas las que tienen la modalidad de pu-

blicar y recuperar la inversión directamente de las ventas; y hay algunas que tienen un criterio mixto: el autor paga una parte de la tirada. Volvería a la autopublicación solo como un recurso extremo.

¿Qué opinás de los concursos literarios? ¿Has participado alguna vez?

Tengo una opinión muy particular sobre los concursos literarios. He participado en muchos de ellos y obtuve diferentes premios. Sin embargo, como también me tocó oficiar de jurado, soy testigo desde ambos lugares. Las pautas sobre las que se expiden los jurados tienen una variedad sorprendente. En los concursos de cuentos o de poemas, por tratarse de obras breves, el dictamen es más fácil de alcanzar; en los de novelas, siempre me intrigó el método de selección (aclaro que, en este caso, nunca intervine como jurado), ya que si a un grupo de tres personas le toca leer doscientas o trescientas obras de ese género, hay una razón de lógica que indica la imposibilidad

de hacerlo en los plazos que usualmente se establecen para los dictámenes (tres o cuatro meses); entonces uno se pregunta cuál es el criterio y la forma de analizar una cantidad tan grande de textos tan extensos; es obvio pensar que se pasan por alto muchísimos detalles y hasta suponer que ni ven parte de los trabajos intervinientes. En no pocos concursos donde hice de jurado, comprobé que los motivos para premiar una obra a veces son desconcertantes. Mis colegas de función aplicaban criterios no siempre declarados; votaban por trabajos incoherentes, sin originalidad o exóticos, sin fundamentar las razones o dando algunas que eran absurdas. Recuerdo que en una ocasión había un miembro del jurado que no sabía absolutamente nada de técnicas literarias; cuando los otros dos le decíamos que tal obra tenía problemas de conjugación o mal uso de las conjunciones o faltas de concordancia, se limitaba a preguntar, sorprendido, “¿Ah, sí?”. En otra oportunidad, un colega re-

chazó un cuento muy bien escrito, porque adujo que el texto le sugería que el autor era “un resentido”. Todos esos antecedentes no contribuyeron a mi fe en los concursos.

¿Cuándo empezaste a escribir y qué fue lo que te decidió a publicar tu obra?

Empecé a escribir en la época de la secundaria, más precisamente en el año 1972, cuando cursaba el tercer año. En realidad, siempre había tenido más habilidad para la escritura que para las materias exactas, como matemática o geometría. En la escuela primaria, podía redactar una composición en muy poco rato; creo que se vinculaba con una natural facilidad de lenguaje hablado. En cuanto al deseo de publicar, como ya dije, estaba presente con esa inocencia que uno tiene en los principios. Pude concretarlo por primera vez con ayuda de unos amigos: en 1993 salió en imprenta una novela, *Caza*, con una tirada de cien ejemplares y con la reducida posibilidad de difundirse en los

círculos más cercanos. En ese momento la mecánica de edición era muy precaria: había que pasar los originales a máquina y las pruebas de galera se corregían a mano; no había los sistemas de computación actuales.

¿Hay material que decidiste no publicar?

Creo que, de todo lo que fui escribiendo, publiqué un treinta por ciento. El material descartado es de borradores o de textos que consideré deficientes, poco interesantes o que no me parecieron valer para la lectura general. Hasta el día de hoy, tengo la costumbre de escribir a mano; después lo vuelco en la pantalla, y ahí hago la primera corrección. Pero el verdadero proceso de pulimento empieza una vez que la obra alcanza una forma estable; es decir, una vez que se termina de volcar el texto. A partir de esa etapa comienza un complicado trabajo, no siempre continuo. Tengo la costumbre de dejar “reposar” el escrito unos meses; al retomar su

lectura, siempre se encuentran detalles que la rutina de la escritura hace pasar inadvertidos. No pocas veces, en este proceso, he llegado a la conclusión de que el producto no era publicable y lo archivé. Hay varios aspectos en el trabajado de las obras: el básico es el uso apropiado de la sintaxis, y luego viene el reemplazo de las palabras que pueden haberse repetido, eliminar la construcción monótona de la forma en las oraciones, la incoherencia en los tiempos verbales, el abuso en el empleo de algún recurso (la adjetivación, las conjunciones, los adverbios), la falta de originalidad en las metáforas, etc.

¿Sos de corregir mucho? ¿Cómo hacés para determinar cuál es la corrección “final”?

En mi caso particular, las correcciones suelen durar mucho tiempo. Una vez acabada la redacción del texto, comienza la labor de revisión. Acostumbro a imprimir la obra y revisarla en el papel, porque me es más cómodo que hacerlo en la

pantalla de la PC. Repasada la totalidad del contenido y señalados los detalles a retocar, hago la primera incorporación al texto original. Después sobreviene una nueva impresión en papel y a esa copia la guardo por quince días o un mes, mientras le dedico atención a algún otro trabajo. Al cabo de ese tiempo, en el que mi mente se desprende del esquema armado durante el proceso de escritura, vuelvo a revisar el texto y siempre encuentro detalles que en la anterior inspección se han pasado por alto. Este método se extiende al menos por un año. En cuanto a la llegada al punto “final” de la corrección, generalmente es en la instancia de editarla, momento a partir del cual intervienen en el repaso del texto otros ojos —generalmente los correctores de la editorial—, que, a su vez, también lo hacen varias veces.

¿Te considerarás un escritor de provincia? ¿Creés que tu lugar de residencia afecta, de alguna manera, la difusión y la temática de tu obra?

La ubicación geográfica de los autores tiene una innegable relevancia. En primer lugar, porque el medioambiente es uno de los factores decisivos en la conformación de la mentalidad de quien escribe; y en segundo lugar, por una razón de posibilidades de difundirse (no es lo mismo para un escritor de capital que para uno de un pueblo remoto del interior). En nuestro caso, habitamos una zona conceptualmente curiosa: para los porteños, somos provincianos; y para los provincianos, somos porteños. El interior de la provincia de Buenos Aires parece un ámbito sin una clasificación unánime; sin embargo, ha tenido y tiene una enorme fuerza cultural, ya que se trata de la pampa húmeda, escenario de hechos y de obras imperecederas en la historia argentina. Con respecto al lugar de residencia, tengo algunas anécdotas cómicas: en una oportunidad, hablaba con la dueña de una editorial capitalina y en un momento me preguntó sobre mi domicilio; cuando le respondí que era de Arrecifes,

en el interior de la provincia, me dijo que no parecía; le pregunté qué características debía tener, según ella, para “parecer” del interior, y titubeó un buen rato procurando el disimulo de su prejuicio: tal vez esperaría que yo hablara con acento gauchesco, que no supiera lo que es un colectivo o que escribiera solo décimas. Ese ejemplo adquiere un sentido menos humorístico cuando comprobamos que refleja una realidad mucho más amplia. No olvidemos que la mayoría de las editoriales de relevancia tiene base en la Capital Federal. Ese porteñocentrismo fue —y es— perjudicial para los autores del interior. La tecnología va poniendo algunos puntos favorables de equilibrio en el sentido de que, en muchos aspectos, ya no es necesario el desplazamiento para los contactos, ni es imprescindible la remisión de material en papel; el correo electrónico, el Zoom y el PDF acortan —cuando no eliminan— distancias que antes eran insalvables sin la presencia o sin el texto físico. También el surgimiento

de editoriales —y, a veces, de asociaciones de ellas— en las ciudades de provincia va construyendo saludables alternativas.

Yo me considero un escritor de la llanura pampeana. Aun cuando, en variados casos, las temáticas de mis libros no la aludan directamente, mi lugar de pertenencia es esta pampa ondulada, verde, de horizontes inmensos, donde la mirada solo tiene como límite esa unión de la tierra con el cielo.

¿Qué implica ser un escritor de la llanura pampeana? ¿Tiene que ver con la elección de temas y paisajes o es una cuestión más filosófica de estar en el mundo?

Ser un escritor de la llanura pampeana es, efectivamente, una cuestión filosófica de estar en el mundo, en una región particular del mundo. Ya dije en la anterior respuesta que el medio geográfico, unido a muchos otros factores, es determinante en la personalidad de cada indi-



➤ *De la tierra* y *La salida*, dos libros de Oppizzi publicados por la editorial Nido de Vacas, de la ciudad de Rojas.

viduo. A mí me tocó este hábitat, que es tan particular, y su influencia en lo que hago va más allá de meras descripciones de paisaje o de argumentos ubicados en él. Hay una idiosincrasia determinada en la modalidad de escritura, que diferencia a quienes viven, por ejemplo, en un ámbito de montaña o en una zona marítima, en las extensiones desérticas o en las regiones selváticas, en las grandes ciudades o en el campo. El medio geográfico impregna; hay formas de construcción que responden al espacio circundante. Baste recordar las obsesiones frondosas en las obras de Horacio Quiroga, las reflexiones pétreas de Atahualpa Yupanqui, las morosas pinturas de Ricardo Güiraldes o las monumentales estructuras suburbanas de Borges. No podría determinar mi propia característica al respecto; lo dejo librado a los lectores.

Has escrito novelas, cuentos, ensayo, aforismos, piezas teatrales, poesía... ¿cuál creés que es el pun-

to en común que tienen estos textos tan eclécticos?

La variedad de géneros me ha ayudado a ampliar los ángulos de observación, pero los temas básicos, las preguntas existenciales, las obsesiones, los sueños y los deseos más profundos siempre están allí. La relatividad de las clasificaciones literarias es algo ya muy estudiado; sin embargo, cuando uno tiene una idea, un argumento o unos personajes para hacer actuar, es necesario encontrarles un molde para ubicarlos. No es lo mismo un tema para un cuento que uno para una novela, ni uno poético que uno técnico. Los géneros se consolidan a través de las propias creaciones que crean modelos. Luego el modo de encararlos tendrá la variedad de las plumas que los aborden. Si buscamos una referencia común para justificar la diversidad de géneros literarios en la obra de un mismo autor, me parece que debemos atenernos al grado de expresión. Quizá es una búsqueda que puede estabilizarse cuando el escritor

se encuentra más cómodo en una forma determinada. En lo personal, me hallo más a gusto en la novela y en el ensayo.

Sin embargo, todos tus cuentos son un mecanismo de relojería admirable...

Mi mayor comodidad literaria dentro del género novela o ensayo tiene más relación con las ideas de largo aliento que con el resultado en sí de las construcciones. Me agrada también el género cuento. Ocurre que para cada tema es necesario encontrar el molde apropiado. Y siempre me pareció que, una vez en posesión de un argumento interesante, es una pena no dedicarle una buena cantidad de páginas, es decir, no explotarlo hasta sus últimos jugos. El género cuento obliga a síntesis que sacrifican muchos aspectos dignos de desarrollarse, y no me gusta quedarme con las ganas de hacerlo; entonces, en esos casos, me parece mejor optar por los mayores espacios que plantean la novela o el ensayo.

¿Cómo conviven tus oficios de escritor, investigador y conferencista de música clásica?

Ser escritor, investigador y conferencista (en temáticas afines o en música clásica) no me plantea contradicciones, ya que son actividades complementarias. La condición de escritor está ligada a la de investigador, porque nadie puede escribir sobre determinado tema sin la necesaria responsabilidad de la investigación; aun en los aspectos de la técnica literaria, es imprescindible indagar con el fin de ampliar el horizonte de posibilidades. Y la condición de conferencista es el complemento de la expresión por otros medios. Confieso que en ese rubro tengo siempre una intención primordial: la de popularizar temas que los mitos culturales reservaron mezquinamente para minorías selectas. El caso de la música clásica y de la ópera es paradigmático. Se trata de un mundo de enorme belleza que se redujo a distintivo de clase culta. Mucha gente le da a esos géneros una categoría de

“

Tengo el imperativo de escribir; si no lo hago, me siento mal.

”

dato curricular distinguido. Y eso es una terrible injusticia: hombres como Mozart o Beethoven vivieron en la peor de las miserias y nunca tuvieron la intención de crear para una élite. Sus obras, como las de muchísimos otros artistas similares, deben ser un legado para *toda* la humanidad.

Hablando de mitos, existe una tendencia a creer que el proceso de creación es tortuoso y el artista, en vez de atravesarlo con felicidad, sufre. ¿Cuál es tu mirada al respecto?

La creación artística, desde el punto de vista de quienes se encuentran ajenos a ella, está más poblada de mitos que de realidades. Uno, muy difundido, es el supuesto martirio que significaría el trabajo de construir una obra. Sin negar en absolu-

to que la labor creativa es un proceso complejo, debo decir que para mí es un placer, aun en los arduos tramos de revisiones, correcciones o modificaciones. Tengo el imperativo de escribir; si no lo hago, me siento mal. Eso responde a las características del acto creador: es una mezcla de catarsis con realización. En el momento de volcar palabras, conceptos, argumentos, descripciones, figuras de pensamiento, etc., se pone en marcha algo que abarca todo mi potencial; debo coordinar una variedad de elementos directamente vinculados con mi capacidad expresiva. Ese proceso me resulta muy grato. Podría definirlo como una expansión vital, como una manifestación de todo lo que soy, como un vórtice en el que estalla mi energía con un vigor único.

La popularización de temas reservados de manera mezquina para ciertas minorías, ¿es un fenómeno que también se da en la literatura? ¿Crees que la literatura argentina todavía se mueve dentro de la antinomia civilización-barbarie?

Hay un multiseccular criterio, en muchas personas de los ámbitos artísticos —y no artísticos—, de creerse en posesión de algo que les confiere un grado de superioridad con respecto al resto de los mortales. Dentro del campo de los escritores es bastante común. En algún ensayo bauticé esa característica con el nombre de *pavorrealismo*, usando la analogía con el despliegue multicolor de cola de esa pobre ave víctima de nuestras metáforas. Me tocó, muchas veces, intercambiar con tales ejemplares vanidosos, y su contacto me permitió acceder a los detalles de la parafernalia psicológica que los autoubica en dicho limbo. Generalmente, compensan algunas carencias personales con una exhibición de conocimientos, datos, gustos y otras yerbas, que

apuntan a mostrarlos un escalón arriba. A veces, esa vanidad coincide con una buena formación; otras veces, no; pero la actitud antiética de discriminar a quienes no poseen sus mismos gustos, o sus mismas cargas eruditas, es el resultado final. Sé de gente que dice amar la ópera, tener las obras completas de grandes escritores o gustar de la filosofía, y al rascar un poquito en sus cáscaras vistosas se evidencia que esas aficiones —aun cuando sean reales— están al servicio de una imagen, no del saber.

La popularización de temas reservados para una minoría es algo que se da en la literatura, y lo considero un factor muy positivo. No tiene por qué haber temas restringidos ni feudos que reclamen el privilegio de la exclusividad. Algunos reducidos de la cultura, no solo de la literatura, aún se mueven en el criterio de civilización-barbarie, algo tan absurdo como caduco. Por suerte, la evolución del sentido crítico ha puesto en entredicho la vieja idea de *civilización*. No olvidemos que

el concepto predominante es el de la cultura europea. Europa ocupó y explotó a los demás continentes, y en ese marco atacó a las culturas que preexistían, hasta lograr su aniquilamiento o su clasificación como “bárbaras” cuando no pudo borrarlas del todo. Es una paradoja cínica el hecho de que Europa haya calumniado a las demás culturas, cuando tiene en su propio haber las carnicerías y los horrores más grandes de la historia; por ejemplo, la larga y asesina noche de la Inquisición, o las dos guerras mundiales del siglo XX, con cien millones de cadáveres sumadas ambas.

¿Quiénes son tus influencias?

No sé si podría individualizar a escritores que hayan influido decisivamente en lo que hago, porque fui —y soy— un lector insaciable, de manera que tal vez tenga una pizca de este, otra de aquel y otra del de más allá. Pienso que muchísimos han ejercido gravitación. Quizá debería mencionar a los primeros que leí o a los primeros que me dejaron

una huella en el momento de conocer sus obras. Horacio Quiroga pobló con sus cuentos gran parte de mi infancia y adolescencia; también Jack London, Julio Verne y Emilio Salgari; es decir: lo usual en mi época. Ya en la juventud, me encontré con Cortázar, Bioy, Borges, Mujica Láinez, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Álvaro Yunque, Hermann Hesse, Thomas Mann, Romain Rolland, José Mauro de Vasconcelos, Alejo Carpentier, Jorge Amado, Yukio Mishima, Pär Lagerkvist, Abelardo Castillo. Supongo que he de tener algo de todos ellos.

¿Qué tipo de historias te gusta leer?

Me gusta leer historias de suspenso. A la vez, también temas filosóficos.

¿Sos lector de poesía?

Soy más lector de prosa que de poesía, por una cuestión de costumbre. En realidad, hay que aplicar dos registros de lectura diferentes para una y otra modalidad literaria. La prosa es generalmente conceptual; mientras que la poesía a menudo

no lo es. La prosa es la desnudez del escriba ante la conceptualización; no tiene muchas alternativas; lo que hay que decir debe ser dicho de manera concreta. La poesía, en cambio, tiene caminos elusivos, frases que no necesariamente expresan algo claro, versos que son simples juegos de palabras. Según nos sumerjamos en uno u otro ámbito, hay que ubicarse en esas características.

¿Por qué decidiste no tener redes sociales?

Mi reticencia frente a las redes sociales (solo tengo correo electrónico) se funda en que, de alguna manera, son invasivas. Pese a que hay modalidades privadas para comunicarse, en general uno queda expuesto a la detección por parte de miles de personas desconocidas y, a menudo, puesto en la obligación de optar por darles o no contacto, lo cual es una forma de presión indirecta que no me gusta. El solo hecho de que mi nombre esté en una lista a la que accede una canti-

dad inmedible de gente (aunque no pueda comunicarse directamente), me pone incómodo. Y, por supuesto, eludo esos debates en los que intervienen cientos de individuos, que a veces —la mayoría de las veces— aprovechan el anonimato o la facilidad de acceso para volcar cualquier barbaridad o para opinar sobre temas que desconocen.

¿Qué escritores contemporáneos argentinos te gustan?

Me gusta la prosa sólida de Federico Jeanmaire, el humor de Juan Sasturain, las intrigas de Mariana Enríquez. Hay muchos otros escritores/as que de pronto descubro por un libro o por una nota en diarios y que no han tenido trascendencia, de tanta calidad como los que mencioné. También me ocurre lo inverso: leer a algunos/as muy célebres y no entender muy bien a qué deben sus famas, ya que sus obras no pasan de una discreta medianía. Enumerar a unos y a otros con más detalles me haría caer en la injusticia, ya que la cantidad de

autores y de publicaciones excede las posibilidades de un listado rápido, y quedarían afuera muchos merecedores de elogio y otros tantos susceptibles de crítica.

A tus veinte años participaste en un taller de Abelardo Castillo, ¿qué nos podés contar de esa experiencia?

A mis veintidós años tuve la suerte de participar de un taller de Abelardo Castillo. Vino a darlo a Arrecifes y se quedó una semana acá. Recuerdo que lo esperábamos y demoró muchísimo. No era época de celulares, así que resultaba imposible comunicarse con él mientras viajaba. A su arribo, nos llevamos una



Obras de Juan José Oppizzi

- Caza** (novela), edición del autor, 1993.
- Las cuatro paredes** (novela), Cumacú, 1997.
- Pobladores del témpano** (novela), Ayala Palacio, 2000.
- Hasta que descubro el miedo** (poemario), edición del autor, 2005.
- Sedimentos** (aforismos), edición del autor, 2009.
- Tres piezas breves** (teatro), edición del autor, 2010.
- La mirada turbia** (novela), Ediciones Al margen, 2010.
- El árbol y el caminante** (cuentos), Vinciguerra, 2012.
- Un río de milenios** (poemario), Vinciguerra, 2013.
- Aporte referido a la creencia** (ensayo), Vinciguerra, 2014.
- El próximo** (novela), Birkat-Elohim, 2014.
- La curva de la luz** (novela), Vinciguerra, 2016.
- La otra cara** (selección de cuentos), Vinciguerra, 2016.
- Los ecos del abismo** (novela), Alción Editora, 2017.
- In extremis** (novela), Clara Beter Ediciones, 2017.
- Lugares, hombres y personajes** (ensayos), Clara Beter Ediciones, 2018.
- Reverso** (cuentos), Clara Beter Ediciones, 2018.
- La salida** (novela), Nido de vacas, 2019.
- De la tierra** (novela histórica), Nido de vacas, 2021.

sorpresa: estaba cubierto de grasa; su coche, un viejo Citroën, se había descompuesto en plena ruta 8, y lo arregló como pudo. Lo acompañaba su esposa, Sylvia Iparraguirre. Era el año 1979; una época oscura de nuestro país: la dictadura militar vigilaba la vida diaria de los argentinos y particularmente la de los intelectuales. El autor de *Crónica de un iniciado* aún no era tan famoso. A poco de comenzar las jornadas de taller, nos dimos cuenta de que se trataba de alguien excepcional, con erudición, memoria privilegiada, capacidad para la docencia y carácter bastante áspero. Fueron seis o siete jornadas que no dudo en considerar de muy elevado aprendizaje. Incluso, al año siguiente, el mismo grupo de escritores locales asistentes a esas reuniones publicó un libro de cuentos, con el un poco obvio título de *Cuentos al viento*, en cuyas temáticas hubo rastros muy nítidos de los ejercicios hechos con Castillo. Esta obra, que reunió trabajos de varios destacados autores arrecifeños, como Atilio Giraudo y

Luis Lahite (ambos Fajas de Honor de la SADE), contó con un prólogo de Luisa Mercedes Levinson y un "posprólogo" (dada su tirria contra las introducciones explicativas) del propio Abelardo.

¿Qué fue lo más revelador que aprendiste en esa semana junto a Castillo? ¿Sus enseñanzas intervinieron en la formación de tu estilo?

Aquel taller con Abelardo Castillo me dejó, obviamente, muchas enseñanzas. No podría decir que intervinieron decisivamente en la formación de mi estilo, porque lo hice a los veintidós años, y algo tan complejo como eso insume un proceso largo, en el que juega la madurez personal y escrituraria. Pero sí contribuyó de manera ostensible al conocimiento de las herramientas expresivas. Uno de los aportes que recuerdo en especial es el del manejo de las categorías del lenguaje. Nos enseñó a seleccionar la forma de decir según lo que uno va a decir. No se puede usar igual terminología en la descripción de un paisaje que en la de

una batalla. Hay ritmos, intensidades, que es necesario manejar; hay prosas lentas y prosas rápidas; según el efecto que se quiera lograr, es aconsejable el uso de una u otra. Lo mismo en el caso de las prosas poéticas y de las ensayísticas.

¿Nunca pensaste en dar taller?

Tengo alguna experiencia en dar talleres literarios. Organicé algunos hará seis o siete años. Sin embargo, no me dejaron conformes. La cuestión básica que se me plantea es que termino dando pautas técnicas, meros principios formales. Reconozco que una de las prioridades de los escritores es manejar hábilmente los recursos del lenguaje (aunque parezca mentira, muchos de los que publican tienen grandes deficiencias en ese aspecto), pero eso no es todo en el plano de la creación. Hay cosas que no tienen que ver con el desenvolvimiento de los recursos sintácticos, aunque estos les sirvan de puentes. Son sutilezas relacionadas con la intuición, con la creatividad, con un plano de

elementos que, a mí personalmente, me resulta imposible transmitir. Por ejemplo, una de las herramientas del lenguaje es la metáfora; sabemos que se trata de un recurso traslativo: interpola una denominación de un elemento a otro. Entonces decimos "pájaro de acero" para definir a un avión; o "cinta de plata" para describir un río. El asunto es cómo enseñar un método para que los alumnos de un taller ideen metáforas nuevas, bellas, ingeniosas. Y amplíe esa dificultad a otros recursos del idioma: ¿cómo instruir la fórmula para que las oraciones tengan una estructura original?

Y otra cosa que he observado en los talleres de los que participé como alumno o en aquellos de los que supe: el riesgo de que los participantes terminen escribiendo a la manera del coordinador. Si el que conduce el taller es un escritor de relevancia (conocido, premiado, etc.), la posibilidad de que eso ocurra es más grande. Los dos factores que pueden concurrir son: que los asistentes lo tomen como una refe-

rencia *demasiado* gravitante, y que el propio coordinador, en virtud de su peso literario, imponga sus puntos de vista con *demasiada* fuerza.

¿En qué estás trabajando en este momento?

Siempre estoy ocupado en algún trabajo literario, ya sea creativo o de colaboración (suelo dedicarme a las correcciones de estilo para alguna editorial). Tengo muchas obras inéditas y siguen acumulándose a la espera de la oportunidad (y de las posibilidades) de publicar. La escritura es mi ejercicio constante, imperativo. Supongo que eso es lo que comúnmente se denomina *vocación*.



“**La escritura es mi ejercicio constante, imperativo. Supongo que eso es lo que comúnmente se denomina *vocación*.**”

XVI

Prójimo, informan que naciste
y corro a celebrarte
y corro
a decirte que eres el fugaz
último eslabón
de una cadena misteriosa;
heredero de multitudes
que van perdiendo el nombre;
hojita en la cuna,
a la espera de su vendaval.

No gimas;
el dolor que te aguarda
no ha de anunciarse;
tampoco el gozo.

Únicamente
nos dan la inocencia
para el estreno.

El paciente

Julia Gastellu



Raúl se revolvió inquieto en la butaca. Odiaba esas butacas. El plástico mugriento, los bordes descascarados, el ángulo en el cual la cintura se deslizaba inevitablemente hacia abajo y por lo tanto, a cada instante estaba obligado a volver a incorporarse para —inevitablemente— volver a hundirse. Parecían diseñadas para que uno deseara estar parado. ¿Qué ser perverso diseña una silla así? Intentó distraerse de la dolencia y el fastidio mirando la sala de espera.

El reloj de la pared estaba detenido a las diez y diez. Capicúa, pensó. El mostrador central tapaba la figura humana de los hombros hacia abajo, con lo cual las administrativas de la empresa de medicina prepaga daban la impresión de ser las protagonistas de un teatro de títeres. Los títeres siempre le habían parecido algo raros. Bah, no los títeres, sino los titiriteros. Eso de andar con un muñeco en la mano, dramatizando situaciones con telas y cartulinas. Esa gente es rara, se decía.

Miró el número de papel celeste que había sacado un tiempo antes, tiempo imposible de definir con exactitud, dado que el reloj de pared no andaba y él estaba sin celular y sin reloj pulsera. Tenía el setenta y seis. El último llamado con voz de locutora de bingo pobre de pueblucho del interior había sido el sesenta y dos. No faltaba tanto objetivamente. Pero

todo era tan lento. De los cinco espacios destinados a atención al público, solo había dos ocupados por las empleadas-títeres. Qué vergüenza, pensó, con lo que pago por mes las prepagas deberían llamarse “prerrobo a mano armada”.

El tubo de luz titilante hacía que el ambiente de la sala de espera simulase el interior de una heladera. Las ventanas tenían esos vidrios nublados que hacen imposible distinguir si afuera hay sol, lluvia, caen bombas o cualquier otra cosa. Detestaba esos lugares *no lugares*. Una vez había leído algo en una revista sobre esos lugares, o mejor dicho, lugares no lugares: los subtes, los aeropuertos, los grandes supermercados. Lugares así, impersonales. Lugares con revistas *Gente* ajadas por cientos de manos, con portadas de Susana Giménez en luciendo un vestido dorado. Lugares comunes.

Hizo un paneo general a los otros pacientes: dos señoras cincuentonas con cara de resignación, un pibe de unos veinte años enchufado a un pad/pod/phone que nunca sabría distinguir, ni le interesaba hacerlo. Un hombre taciturno con un diario que, o tenía una noticia muy interesante, o era una pantalla para dormir, ya que nunca pasaba la hoja. Son cuatro, y faltan catorce números. Algunos avivados vienen, sacan número temprano y se van, como en los bancos. Si alguien volvía, él no se iba a quedar callado, no señor. Hacía ya al menos una hora que estaba ahí, *subeybaja* en la butaca, con los pantalones pegoteándose en los vellos de sus muslos, sintiendo breves tironcitos cada vez que se acomodaba, como para que venga un vivo a querer colarse.

Pensó en lo que restaba de la mañana. Tendría que ir a la oficina en el centro, tomarse el subte en hora pico y poder completar los balances para la empresa de Alférez y cía. Como buen contador, se dispuso a despuntar el vicio contando cuántas baldosas había entre su silla y el mostrador-esenario titiritesco. Ocho había. Una en falsa escuadra evidente. Qué mal que hacían las cosas los albañiles hoy en día, todos unos chantas, como el que le terminó el bañito en la planta alta, ese que Laura había insistido hasta el hartazgo en que era *estrictamente necesario* arreglar. Como si en toda su vida de clase media no hubiesen defecado y orinado en un solo inodoro, mezclando alegremente sus fluidos sin que lo *estricto* y lo *necesario* se impusieran.

Pero las cosas ya no eran como antes, su trabajo rendía mejor económicamente, y a Laura se le ocurrían esas cosas como para ir sintiéndose más persona y menos gente. Pobre... Laura. O pobre él, en realidad. Ella era feliz en su ignorancia. Veintitrés años juntos y nunca le generó más que una tibia emoción. Era chata y él lo sabía. Internamente se vanagloriaba de ser más interesante que su mujer. Ella con su simpleza lo hacía brillar más a él, que no era nada del otro mundo, pero si uno pone un queso *brie* al lado de una *muzarella*, el *brie* va a parecer más rico de lo que en verdad es, por mero contraste. Reflexionó sobre qué importante había sido en su vida saber rodearse de gente así, que hicieron que él, sin ser *ni muy muy ni tan tan*, llegara a tener éxito profesional y un estilo de vida acomodado. Pero nada es gratis en esta vida. Por algo esos análisis dieron mal y Laura

había vuelto a arremeter con que era *estrictamente necesario* que haga una interconsulta. Y aquí estaba, de nuevo hundido en su butaca.

Zezenia y treeeeeeees. La empleada títere ceceaba. Nadie se levantó. *Sezenia y cuaaaaatro...* Las señoras pasaron de cara-de-resignación a cara-de-ilusión, se ve que andaban cerca. ¿Serían hermanas? Nadie se levantó. La empleada títere dejó de llamar y se dispuso a lo que parecía ser, desde su perspectiva de paciente-espectador, un posible limado o pintado de uñas. No podía estar seguro. A sus sesenta y un años no se iba a dejar vencer por una persona-títere.

Levantó las piernas enfrentando con valentía los tironcitos de pelo de sus regordetes muslos y recorrió lo mejor que pudo las ocho baldosas —incluyendo la de falsa escuadra— que lo separaban del mostrador-esenario. Llegado al mostrador, se acodó y miró a la empleada-títere casi esperando ver un brazo por detrás, sosteniéndola desde adentro de esa blusa con corbatita y con el logo de la empresa de robo prepago. Entonces le espetó con su voz de persona bien:

—Perdoná, querida —el *perdoná* con esmerada agresión y el *querida* con esmerada condescendencia—. ¿No sabés cuánto falta para que el doctor Rafagno me llame? Ya hace más de una hora que estoy aquí y veo que ustedes no llaman a casi nadie. Los demás pacientes no entran nunca al consultorio y la verdad yo tengo compromisos que debo atender hoy —el *hoy* con énfasis.

La sonrisa de la ya ahora títere-empleada sugirió una sabiduría casi

ancestral, pese a sus evidentes cuarenta y pico de años, sus párpados mal pintados con sombra barata, y sus líneas de expresión disimuladas debajo de un flequillo titiritesco.

—Quédese tranquilo, señor, el doctor está demorado. Vuelva a su asiento que ya en algún momento lo llamaremos.

Qué bien recitaba su parlamento la títere-empleada. Era inútil querer intervenir en aquella línea magistral de una obra repetida hasta el infinito en infinitas salas de espera como una tragedia universal: *El doctor está demorado*. Volvió a sentarse.

El pensamiento no llegó a formarse del todo en su mente, fue más bien una ráfaga indisciplinada salida de algún lado de su subconsciente, inconsciente o el *-sciente* correspondiente. La entrevista con el doctor Rafagno, que estaba demorado, el llanto de Laura como salido de una telenovela de la tarde, el quirófano o no lugar y el pedido sensual en la voz del anestesista de la cuenta regresiva, que él, como buen contador, se dispuso a realizar con eficiencia. Lo descartó como quien espanta a una mosca. Allí no se estaba tan mal después de todo, hasta la butaca había empezado a sentirse más confortable. Con la cadencia de un péndulo volvió a *hundirse/levantarse* en la butaca una vez más, y se dispuso a seguir esperando.



Al final de la escalera

Víctor Lowenstein

A veces, uno siente tanto odio que quisiera gritarlo a los cuatro vientos. Y no lo hace. Y se lo aguanta. Y el odio sigue adentro de uno, nunca se muere. Revive cada tanto y se aparece entre los pensamientos, siempre. Por lo menos, es algo que no pude quitarme jamás de la cabeza.

Cuando me enteré de que el viejo Sanabria estaba muy mal, lo primero que pensé fue en darme la revancha por los años de humillación sufrida. Fui su peón. Él era el mandamás de la mayor hacienda de Merlo, todos lo

respetaban. Yo había pasado en su vida como el bastardito que se adopta por lástima, para quedar bien con el cura de la parroquia que bendice sus campos cada año nuevo. Me trataba como un padre al principio. Con los días me fue aclarando que yo era un expósito, un guacho destinado a ser sirviente y no otra cosa, que no esperara más de él. Fueron diez años como peón rural, preparando caballos, lustrando sus botas y limpiando las escopetas de caza de sus hijos. Apenas cumplí los dieciocho cuando me mandó mudarme a la chacra de los Molina en calidad de puestero. Ahí tuve que empezar de cero y nunca pude volver a la hacienda.

Ni suplicando me dejaron pedirle una changa al patrón Sanabria. Me resigné lo mejor que pude pero, al enterarme de que la parca lo venía acechando, armé un plan. Dos semanas me tomé para vigilar de lejos cada movimiento en la propiedad, cada vez que podía. Nadie pasó por ahí sin que viera su huella al pie de la tranquera de la hacienda. No quise dejar pasar más tiempo; a ver si el patrón se me moría antes de que pudiera ponerle la marca de mi odio entre los ojos.

El sábado era el mejor día para hacerlo. Poco movimiento de carretas y de gente. Me aparecí temprano, cuidando no ser visto, y caminé hasta la cocina de la casona. Merceditas, la vieja criada, pelaba papas en el fogón. Apenas si levantó los ojos al verme. No los quería a los Sanabria, pero era fiel a la familia. Le puse tres billetes en el delantal y le ordené que se fuera por una hora. Se secó las manos y salió por atrás, al patio.

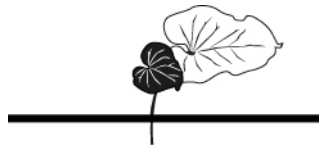
Ya estaba solo. Pasando por el comedor, una escalera de peldaños con-

ducía directamente al dormitorio del patrón Sanabria, que convalecía desde hacía semanas. Hacia allí iría.

Llegué al pie de la escalera. Tenía todo planeado, no había por qué esperar más. Apreté el cabo de mi puñal dentro del bolsillo y puse un pie en el primer escalón. La madera crujió bajo mi peso como si se fuera a partir; y eso que soy flaco y huesudo y todavía recordaba las veces que había subido a los saltos esa escalera para alcanzarle al patrón su poncho de lana de vicuña.

El segundo escalón, igual. Pisaba despacio, pero la madera volvió a crujir con un ruido de hachazo seco y fuerte, y al tercer paso me agarré de la baranda para hacer menos ruido. Cada peldaño daba miedo del estruendo que hacía. Lo demás era puro silencio. Desde arriba llegaba apenas el ronquido del anciano, que todavía dormía antes del desayuno. A mitad del recorrido me di cuenta de lo lento que iba, faltando ya pocos pasos para la puerta del dormitorio, pero jue pucha, si cada paso mío sonaba como tronco partido por un rayo. Cuando conseguí llegar al final de la escalera y con el mayor cuidado agarré el pomo de la puerta, un quejido que no sé si vino de adentro, desde abajo o de mi cabeza, me avisaba que algo no andaba bien. Pero soy porfiao y quise entrar, aunque la providencia me venía advirtiendo que no lo hiciera, que el diablo iba a meter la cola para darme una puñalada trapera por la espalda, como sabe hacerlo. Por lo menos la puñalada no la iba a dar yo, aunque aferraba el arma en mi bolsillo al divino botón.

Desde abajo, una voz ronca y conocida me llamó por mi nombre. Me di vuelta parado sobre el último peldaño que volvió a crujir igual que un leño que se hace brasa en la hoguera. Al pie de la escalera, el patrón Sanabria me miraba con esa mirada de reproche con que me vio toda la vida. Mercedes también me miraba. Lo sostenía de un brazo porque el viejo ya no podía ni andar solo. Pálido, en bata de dormir, me miraba como un muerto y se agarraba de la mujer por miedo a caer. Cuando dijo mi nombre por segunda vez, tuve que dejar de mirarlo. No pude más. Di vuelta la cara y me apoyé sobre la puerta, como queriendo hundirme en la madera que crujía, como queriendo arrancarme un grito que me ardía en la cabeza y se me escapaba de las entrañas.



En tu cabeza, zombi

› Gonzalo Sueiro

Me ocurren cosas con los zombis. Su concepto me resulta interesante pero muchas veces su resolución artística, sobre todo en el cine que termina produciendo algo meramente instrumental y en algunos casos un sinsentido, me decepciona. El film *Shaun of the dead*, desde la sátira, habla un poco del tratamiento que las películas han hecho sobre el concepto de *zombi*.

El zombi se ha convertido en un elemento narrativo en todo tipo de formato y género. Novelas, películas, videojuegos e historietas; desde la comedia hasta la ciencia ficción, el terror más puro o el más gore. Y si bien tiene su origen en los ritos vudú haitianos, en los que el

zombi era una persona esclavizada por alguien que poseía el poder de hacerlo, es a partir de la creación de George A. Romero, *Night of the living dead*, que nos encontramos con el zombi: una entidad que, a pesar de su aspecto humano, ya no lo es, no posee recuerdos y su motivación es el hambre.

El manga *I Am a Hero*, de Ken-go Hanazawa, habla de zombis. Se publicó entre 2009 y 2017 en la revista semanal *Big Comic Spirits* de la editorial Shogakukan y fue serializada en 22 tomos. Esta historia es contemporánea del cómic americano *The Walking Dead* (2003-2019), que llegó a la popularidad en 2010, luego de la emisión de la primera

temporada de la serie de televisión basada en el cómic. Esta relación no parece casual, o por lo menos es curiosa. Mientras la narrativa norteamericana se tematiza en la venganza y la búsqueda de redención, *I Am a Hero* se construye como una sátira de la sociedad japonesa.

El mito fundante generalmente siempre es el mismo: un virus de origen desconocido comienza a esparcirse y lo hace de persona a persona. El zombi no reconoce familiares. Devora a su paso todo lo que encuentra y no se detiene. Actúa como horda ingobernable frente a las voluntades individuales. Y lo que florece en estos escenarios narrativos apocalípticos es el reflejo del problema social: su violencia y corrupción. Entonces funge una nueva identidad que se resquebraja a los pocos capítulos y vemos la cruda individualidad en donde todo vale. Por eso, la idea de crear una nueva sociedad, de tomarlo como una oportunidad para formatearla y eliminar “sus viejos hábitos tóxicos”, para humanizarla y darle ese

principio moral y ético, nunca funciona. La ilusión se desvanece. Y asistimos al egoísmo más absoluto.

Hideo Suzuki es nuestro protagonista. Un mangaka de 35 años que es inseguro, sufre de alucinaciones y le teme a la oscuridad. Trabaja como asistente en un estudio de manga, ya que su inseguridad le impide continuar con el propio. Tiene una novia que lo maltrata y con quien tiene una relación un poco insana. En su camino por sobrevivir conocerá a dos mujeres: Hiromi (una adolescente de secundaria) y Oda (una joven enfermera), quienes serán sus *partners* en la lucha por no convertirse en uno de ellos.

Hanazawa construye dos tramas: una centrada en Hideo y otra en Kurusu; ambas terminarán cruzándose. En el inicio del relato, los zombis no son nominados, ya que se discute si son o no humanos, para luego ser llamados *ZQN*. También se incluyen historias cortas que actúan como transiciones temporales, pero funcionan estéticamente y aportan a la historia general.

“ El zombi como evolución de la especie humana aparece como novedad en la narrativa del género. ”

La mirada oriental sobre el mito zombi aporta sutiles y sustanciosas diferencias con la mirada de obras como *Guerra Mundial Z* o la propia *The Walking Dead*.

Dos ideas que me parecen muy interesantes son las de *evolución* y *normalidad*. *I Am a Hero* transita muchas ideas más —como el funcionamiento de los recuerdos y las motivaciones de la horda— e incluso entra en el gore más crudo con escenas muy violentas, obligándonos a apartar la vista. De hecho, está recomendado para mayores de 18 años.

La idea de *evolución* es algo que aparece no solo como diálogo entre los personajes que intentan dilucidar el comportamiento de los ZQN,

sino también como reflexión desde los propios infectados: ¿por qué tiene que ser un ataque a la civilización?, ¿por qué no tomarlo como el fin de una era y el comienzo de otra?

El zombi como evolución de la especie humana aparece como novedad en la narrativa del género. Esta idea interactúa con la búsqueda de inmortalidad o perpetuación de la vida, incluso hasta llegar a la propia entrega de su humanidad.

La otra idea interesante es la de *normalidad*. A medida que avanza la narración y cada instante comienza a ser utilizado para sobrevivir, todo aquello que permite el goce o la proyección de los personajes queda pospuesto “hasta que

retorne la normalidad". Es aquí donde se luce el humor satírico de la obra, que retrata sin anestesia a la sociedad japonesa en sus aspiraciones y comportamientos individuales y colectivos. Sus valores son puestos sobre un telar donde se dibujan fuertes contradicciones.

Las esperanzas, en principio, son puestas en las fuerzas institucionales y la respuesta del Estado, pero estas no llegan. La normalidad, ese hábito compuesto por rituales, es repuesta a fragmentos. Retazos de una vida que es añorada y no lo es al mismo tiempo.

En un escenario completamente realista, el autor introduce ciertas formas no humanas que le son propias al mundo onírico, pero que aportan una belleza increíble en la trama. El arte ilustrativo de Kengo

Hanazawa es maravilloso. El dibujo, por momentos simple y minimalista, pasa a escenas de un dinamismo inmersivo, a un plano cargado de detalles e información, donde, como lectores, quedamos admirados del trazo. Todo en blanco y negro, tocando el cielo con las manos.

I Am a Hero es una obra que sale de los marcos en que la industria nos tiene acostumbrados últimamente a ver, para adentrarse en una reflexión un poco más profunda e interesante, sin perder de vista que estamos ante una obra que pretende entretener y divertir. No es un ensayo ni un tratado sobre el tema. Pero, sin dudas, es una obra que no es condescendiente con el lector y pretende sacudirnos.





Cierta madrugada

Satanizer

Cierta madrugada dejaba atrás un oscuro bailongo transitando por la carretera en mi entrañable ciclomotor Zanella Due 50 cc modelo 93. Volvía a casa, absorto en un *random* de pensamientos cuando, súbitamente, como ocurre con el *crossfader* del DJ, que pasa de una canción a otra, pasó mi atención absoluta de la mente al cuerpo.

En efecto, una furibunda emboscada intestinal se convirtió en mi principal preocupación y más aun teniendo en cuenta que faltaba todo un trayecto para llegar al baño.

Los procesos internos eran urgentes y acelerando a toda velocidad me aferraba yo al manubrio de mi fiel Zanella, que con su traqueteo parecía alentar la expulsión de todo aquello que me aquejaba y no me permitía ser feliz. Mi moto siempre junto a mí, queriendo lo mejor para su piloto.

La situación era insostenible. Tuve que detenerme en un descampado,

dejando descansar en su caballete a mi "San-Ella", como la llamaba entonces (vehículo beatífico si los hay), que, como un cíclope en estado de gracia, a través de su ojito pareció decirme: "No lo hagas aquí. No es digno de ti. No falta mucho. Aún puedo llevarte al baño".

Transpirando me subí los pantalones y decidí aguantar para seguir el consejo de mi ciclomotor. ¡juntos podemos! Monté como esos *cowboys* malheridos que, a lomo de su caballo, recorren lo que resta del camino confiándole plenamente su vida.

Desperté del sopor cuando mi santa motocicleta arribó por fin al jardín de casa. Como pude bajé y, con un penoso trote, encaré vergel adentro, maniobrando mi cuerpo como si fuera un dios torpe que hace malabares con un volcán en erupción.

En ese transcurrir alucinado en cuya luz al final del túnel se hallaba la genial invención humana conocida como *inodoro*, pude ver claramente retazos de mi vida, desgracias y felicidades compartidas con mi leal Zanella por más de quince años.

Ya incontenible, todo aquello que pujaba por egresar finalmente lo hizo, con mi cuerpo en una primitiva posición que remitía al hombre arcaico, al primer hombre y por tanto a todos los hombres: la humanidad toda encarnada en mí como un ser que se comunicaba directamente con la tierra, abonándola con una devoción que excedía el mero tributo y me devolvía poco a poco a mi condición individual, ordinaria. Bastante ordinaria, de hecho.

Como un aplicado *boy scout*, fui por una pala y comencé una labor que beneficiaría químicamente al querido laurel de jardín, a los pies del cual pude volver a ser, pude volver a pensar, a disfrutar de aquella fresca y redentora madrugada.

Me lavé las manos y fui a buscar a mi Zanella, testigo y aliada, en las buenas y en las malas, para conducirla de tiro a sus habitaciones donde descansaría hasta la próxima aventura. Le di unas palmaditas sobre su luz delantera y me fui también a descansar.





¡La hora!

Diego Rodríguez

Irían treinta minutos del segundo tiempo y el viento no paraba. Vaya a saber uno desde dónde venía soplando. Calculo que toma carrera desde La Pampa más o menos, porque no hay ninguna montaña entre Santa Lucía y La Pampa que yo sepa, o tal vez nuestra cancha se encuentra en una loma. Sí, claro, debe estar más alta que el pueblo, por eso nunca se inundó.

El partido estaba trabado y la pelota viajaba más por aire que por tierra, bien característico del fútbol chacarero. Si algún jugador la ponía en el piso y le agregaba un poco de habilidad, podía hacer un desastre si se animaba a cruzar ese territorio minado de piernas fuertes y trabadas. Uno a uno era el resultado y el partido estaba para cualquiera. El referí, que tendría que haber estado sobre la jugada según el comentario de Di Pascual, miraba el piso.

—¿Pero no lo vio, juez, que se la llevó con la mano? —gritó el Chueco cuando el *wing* de Sol de Mayo lo desbordó por la derecha. El mismo delantero que al caer, producto del cruce del cuatro y el dos, levantó los pedacitos de pasto que prolijamente fue cortado en la mañana por el canchero.

—¿Eso tampoco lo viste? —le recriminó el talentoso volante del equipo visitante.

Los minutos pasaban y sus compañeros de terna arbitral se miraban sin comprender. El árbitro solo miraba el pasto y daba vueltas alrededor del círculo central.

El *wing* del lobo se cortó solo desde tres cuartos de cancha y encaró hacia el arco. Sol de Mayo tiró la ley del órsay, pero el cuatro habilitó. Nunca entendió esa jugada. Jorgito pensaba mientras corría con la pelota al pie, gambetear al arquero, abrirse y tocarla a la red, o pegarle cruzado. Pelota, *wing* y arquero. El delantero ya había elegido el palo y el guardavalla del almacén del Centro se desorientó ante los amagues del Garrincha santalucense. Empeine preparado, rodilla flexionada, aire contenido y sacó el zapatazo. En ese mismo instante se escuchó un silbato. El atacante pateó el pasto de bronca. Los jugadores de San Martín se arremolinaron e hicieron desaparecer al juez de la vista del público. Los “linemans” intercedieron en vano hasta que los capitanes de ambos equipos, con gran esfuerzo, lograron calmar los ánimos. El referí se retiró unos metros del tumulto y dijo:

—¡Perdí el reloj!

—¿Y ahora qué va a cobrar? —le gritó Nico, el capitán.

—¿Y cuánto queda? —lo apuró el robusto cinco del visitante.

—¡Ah, no sé! —respondió el árbitro produciendo otra montonera, ahora de ambos bandos.

Los jueces de línea, a duras penas, pudieron separar a los jugadores enardecidos hasta que llegó en su apoyo el único agente de policía que había en la cancha. El referí, al verlo entrar a la cancha, le mostró la tarjeta roja y gritó:

—¡Acá la única ley dentro del campo de juego soy yo!

El agente, como quien no quiere la cosa, pegó media vuelta y volvió a su puesto detrás del arco que daba a la cantina. El árbitro, tomando nuevamente las riendas del partido, llamó aparte a los dos capitanes. El de Sol de Mayo no lo dejó ni empezar a hablar.

—¿Y cuánto falta?

—Me parece que cinco minutos —le respondió el juez.

—¿Y cómo va a saber la hora? —le preguntó Nico.

—¡Ah, no sé! Pero la hora la decide el árbitro principal y ese soy yo. ¿Me escuchó?

—¡Pero no sea porfiado, consulte con los líneas! —le dijo el capitán visitante.

—¡Usted me está faltando el respeto! ¿Se quiere ir expulsado?

—¿Y a qué hora lo va a terminar? —insistió el capitán del Lobo.

El juez pensó unos instantes.

—Lo que recuerdo es que el segundo tiempo empezó a las cinco menos cuarto.

—¡Entonces lo puede terminar cuando pasa el Expreso Paraná, a las cinco y media! —le gritó el loco, aguerrido ocho del local.

—¡Ahí está! ¡Que siga el partido! —y con un pique se reanudó el *match*, el partido sin tiempo.

Juventud San Martín empezó a presionar y enseguida tomó el control de la pelota. Los hinchas repartían su mirada entre la cancha y el posible paso del colectivo. El árbitro seguía la jugada con un ojo y con el otro con-

tinuaba la búsqueda infructuosa del reloj, totalmente desconcentrado. El griterío del público local, mezcla de drama, nerviosismo y bromas al juez, le agregaba mayor tensión al final del partido.

La tarde se acercaba al anochecer cuando Calula enganchó y metió la diagonal desde la punta izquierda. Entró al área y en la misma dirección de la carrera pateó a rastrón y el puntinazo viajó a la red. En el mismo instante el referí sintió que algo crujió debajo de la suela del botín. Todos los jugadores de Sol de Mayo clavaron sus miradas en el árbitro que estaba pitando y marcaba el centro de la cancha. Como un malón furioso fueron en su búsqueda. El desafortunado capitán lo increpó cara a cara:

—¿Y ahora qué vas a cobrar?

—Gol legítimo... y partido terminado —le aclaró el juez mostrándole el reloj con el vidrio partido y sus agujas clavadas a las cinco y media.

En el fondo de la cancha, detrás del arco que daba a la cantina, el goleador santalucense, ya sin su camiseta, festejaba el gol, llevado en andas por sus compañeros. Del otro lado, prendidos al alambrado olímpico recién estrenado, Lito, el Negro, Carlitos, Polaco, Jorge y los hinchas de todas las épocas, festejaban como locos otra hazaña del sufrido lobo santalucense.

➤ Relato publicado en el libro *Cuentos de ayer* editado por Arenz & Antich, San Pedro, 2017.

Biografías

Marina Banegas (1967), sampedrino, es docente retirada de Música. Licenciada en Comunicación Social. Lectora emocional.

Birreina del Sur es el seudónimo de Claudia Castro. Señora dueña de cuatro gatos que escribe desde que se acuerda. Que lleva unos años haciendo el taller virtual de escritura Kaos, coordinado por Leonardo Vergara, quien la corrige con rigor y paciencia. Odia el mondongo y los textos de autoayuda.

Jorgelina Escudero (Pergamino) tiene veintitrés años. Su interés poético se despertó en la infancia. Profesora de Lengua y Literatura desde 2020. Actualmente, cursa la Licenciatura en Enseñanza de la Lengua y la Literatura en la Universidad Nacional del Litoral.

Naiquén Xiomara Estelrich (San Pedro, Buenos Aires, 2005). Estudiante de secundaria en la escuela normal, amante del dibujo, la música y el anime.

Paulo Finocchi (CABA, 56 años). Estudió Teatro, Bellas Artes y Escritura Cinematográfica en París. Expuso en Estados Unidos, Canadá, Francia, España y Argentina. Participó con un cortometraje en el Festival de Cine Político de Buenos Aires. Vivió y trabajó como diseñador de indumentaria en Casablanca, Marruecos, y en Roma, Italia.

Rocío García. De Ibicuy, Entre Ríos. Docente de Artes Visuales. Investiga sobre pintura, composición y color. Muralismo y arte público. Arte textil y animación. Es parte de La Correntada, movimiento de trabajadoras del arte.

Julia Gastellu. Soy baraderense, nací en 1981, tengo 40 años. Soy antropóloga y docente. También soy mamá de dos hermosos niños. Me gusta mucho leer y escribir pequeños relatos o cuentos.

María Virginia González es profesora de Castellano, Literatura y Latín. Publicó *El decir textual* (2007) y con la editorial Perro Gris publicó *Poemas de sanación* (2015) y *Vickyrrrelatos* (2016).

Sofía Lamarca. Nací en Campana. Soy feminista, activista gorda y Licenciada en Letras. Estoy cursando el doctorado en Literatura. Escribo y leo poesía.

Víctor Lowenstein. Escribe textos de carácter fantástico, no tradicional, ligados a la literatura de raíz kafkiana que explora territorios experimentales, *weird*, la inter-zona de la textualidad contemporánea. Ha publicado los libros: *Veo cosas muy raras* (relatos, Editora Indómita, 2003), *Simetrías obscenas* (cuentos, editorial Sábado negro, 2004), *Malamuerte* (cuentos, Editora Indómita, 2006). *Taratología de los espejos* (ensayos y cuentos, AqL, 2013), *Paternóster* (cuento, fdcM 2014) y *Artaud, el anarquista metafísico* (editorial De los cuatro vientos, 2015). Ganó los premios Capparelli, Al pie de la letra, Horacio Quiroga y Alzur.

Natalia Luna vive en Adolfo Sourdeaux, Malvinas Argentinas. Es docente y está terminando la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Escribe poesía y narrativa.

Melina Mendoza. Poeta, escritora y periodista cultural. Estudia Letras en la UBA. Investiga sobre representaciones de la monstruosidad en las distintas disciplinas artísticas y literarias. Colabora en múltiples medios digitales.

Ezequiel Olasagasti nació en 1989 en San Nicolás, pero se mudó de muy chico a Morón, su lugar en el mundo. Es escritor y periodista. Tiene tres libros de cuentos: *El hueco del relámpago* (Expreso Nova, 2015), *Espejo convexo* (Imaginante, 2017) y *La gente dice amar la lluvia* (El bien del sauce, 2020). Durante la cuarentena sacó un libro digital de relatos y poemas de forma autogestiva, llamado *Consideraciones sobre los goyetes* (2020). Publicó varios de sus cuentos en antologías y revistas literarias de la Argentina, México y España. Escribe artículos y cuentos deportivos para el medio Globalonet y se encarga de la sección literaria de la revista *Crítica no especializada*. Conduce el programa de radio *No me hables tan temprano* y el podcast literario *Infinitos monos*.

Juan José Oppizzi (San Isidro, 1957). Desde 1968 reside en Arrecifes. Es autor de veintidós libros publicados y diez inéditos. Su novela *Pobladores del témpano* ganó el Premio al Mejor Libro de Narrativa del año 2000, por parte de la SEP, que también lo consideró finalista para la Faja de Honor por la novela *In extremis* en 2018, por el libro de cuentos *Reverso* en 2019, y por la novela *La salida* y el libro de cuentos *Muy cerca* en 2021. Ese año obtuvo el Primer Premio de la Convocatoria Regional de Narrativa organizada por Milena Pergamino con la novela *Visita Guiada*.

Anita Ottoline (Zárate, Buenos Aires, 2000) es estudiante en la Licenciatura de Psicología (UBA) y amante del arte en todas sus expresiones.

César Ovelar (San Pedro, 1987). Músico, bajista, también toca varios instrumentos. Sin música, su vida sería un imposible. Muy curioso y eterno aprendiz, ha incursionado en la pintura y realiza figuras con toques impresionistas. Le gusta la fotografía, el diseño gráfico y escribir canciones. Papá de Gala.

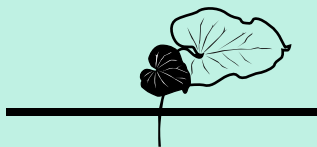
Alexa Pettone (San Pedro, 1985). Primera patinadora trans avalada por la Confederación Argentina de Patín. Activista por los derechos de las personas travestis, trans, lesbianas, gay y no binaries.

Diego Eduardo Rodríguez (Santa Lucía). Fue profesor de educación física. Actualmente es kinesiólogo y docente universitario. Desde hace diez años se dedica a la historia y a la escritura como aficionado. Colabora con el Museo del Centenario de Santa Lucía.

Satanizer (Mariano Trotta) (San Pedro, Buenos Aires, 1977), amigo de los textos y medium musical.

Gonzalo Sueiro es Profesor de Castellano, Literatura y Latín.

Leandro Hilario Torres. Artista visual. Mg. en Estéticas Contemporáneas Latinoamericanas. Docente y cocreador de TAE, la escuela de arte y oficios del teatro Argentino de La Plata.





CAMOTE sabe que nace en un mundo nombrado, que cada palabra cuenta, que cada coma dice, que cada punto cierra una idea o la dispara. Sabe que hay un premio en la dificultad; que dentro del texto, todo; que fuera del texto, nada.

CAMOTE adora los blancos, los finales sorprendivos, lo ambiguo, las pinceladas atrevidas, lo bueno y breve, los intersticios, la línea inesperada, las texturas y los elefantes blancos.

CAMOTE banca los intentos, la búsqueda implacable de una imagen verdadera, los borradores, las tachaduras, el esfuerzo denodado para encontrar el tono justo, la palabra inequívoca, esa y no otra.

CAMOTE fusiona el lenguaje, lo aglutina, lo amontona, lo aglomera, el ojo de la foto con el árbol que se dibuja, el árbol que se dibuja con la arcilla, la arcilla con el poema, el poema con el trazo, el trazo con el teatro, el teatro con la pintura.

CAMOTE se maneja mejor en los márgenes, en las orillas, en los pajonales, en zonas donde abunda la maleza; busca la sombra de un árbol, un mate galleta, un amigo; busca en la tierra abierta lo que no se vende, lo que fue descartado, lo olvidado.

CAMOTE arriesga. Saldrá a buscar otras sensibilidades, otras formas de mirar, otras voces que pretendan llegar al hueso, apretar el lápiz sobre el papel sin tabúes, colorear sin censuras. Dará abrigo a esas historias, les hará lugar en medio del pasto crecido y entonces, quizás, tendremos algo que decir. De eso dependerá su vida.

CAMOTE

CAMOTE

